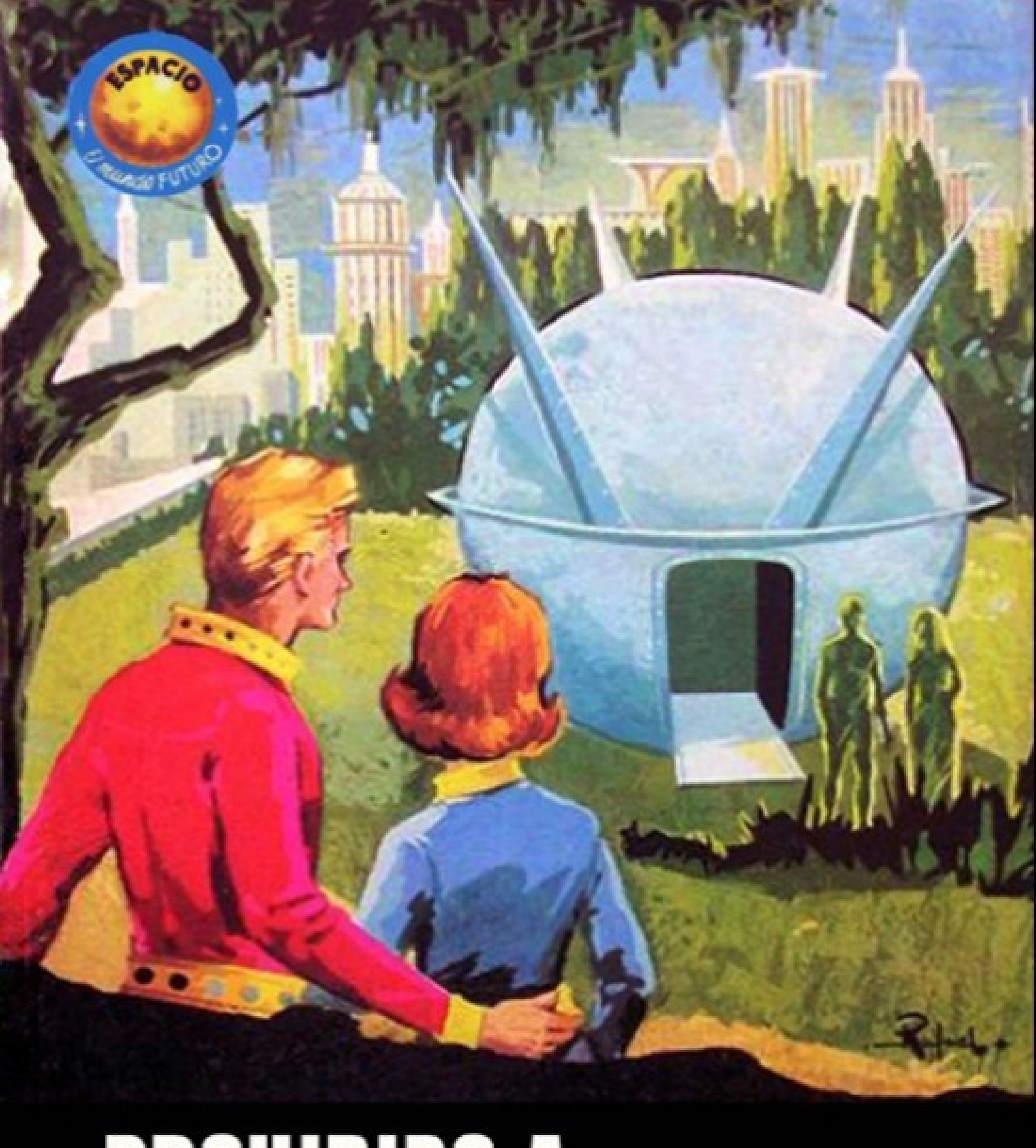


PROHIBIDO A LOS HUMANOS

CLARK CARRADOS

Prohibido a los humanos
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/375

CAPÍTULO I

La astronave aterrizó en el planeta, a poca distancia de una floresta de follaje exuberante.

El paisaje era encantador. Nubes blancas, cielo azul, enormes prados cubiertos de césped, arroyuelos murmurantes, flores de todos los colores, animales terrestres, pájaros...

Uno de los tripulantes de la nave hacía anotaciones verbales en una grabadora.

Era preciso informar del descubrimiento a la vuelta.

—...y, a no ser porque tenemos un magnífico navegante, podríamos decir que estamos de vuelta en el punto de partida, antes de haber salido siquiera. El aspecto de este planeta es enteramente idéntico al de...

Los tripulantes de la patrulla de exploración estaban disponiéndose a salir para efectuar la primera misión en el mundo recién descubierto.

—Nuestros exploradores, al mando del primer teniente Yandor Smasewir, se disponen a salir para realizar la primera descubierta de rutina... Ya están en el suelo... Les veo analizar la atmósfera, práctica reglamentaria, por descontado, porque basta ver el planeta, para saber que su atmósfera no puede ser tóxica... Sí, se quitan los cascos y respiran a pleno pulmón...

Los exploradores caminaban hacia el bosque, ligeramente separados. Tenían sus armas a punto.

—El planeta no da la sensación de estar habitado, claro que no hemos tenido tiempo apenas para examinarlo en su totalidad desde el espacio. En el sector que hemos visto desde fuera de su atmósfera, no se divisaban en absoluto rastros de edificaciones...

Los exploradores se hallaban ya a cien metros escasos del lindero de la selva.

—Si a mí me dieran a elegir, me quedaría a vivir permanentemente en este planeta. Tengo la impresión de que su clima debe sufrir escasas variaciones a lo largo del año, que, por cierto, es apenas un poco mayor que el G.M.T.[1][2] así como el día, cuya duración hemos calculado en veintiséis horas, nueve minutos y… ¡Eh! ¿Qué es eso?

El informador soltó un agudo chillido de terror.

—¡No!

Los exploradores levantaron la cabeza, aterrados.

Por encima de ellos cruzó un chorro de fuego blanco, un cañón de luz intensísima, que surgió como si viniera en fracciones de segundo desde el horizonte.

El chorro de fuego chocó contra la nave, volatilizándola en segundos. Cuando la extraña descarga se disipó, sólo unas manchas negras y un poco de humo señalaban el lugar donde, hasta momentos antes, había habido una astronave de miles de toneladas de peso.

Los astronautas quedaron atónitos, espantados, empavorecidos por aquella inesperada catástrofe, cuyo origen ignoraban en absoluto. Pero no tuvieron tiempo de reaccionar.

Sólo uno de ellos se salvó.

Todos los demás perecieron, abrasados y pulverizados por sendas descargas, de tamaño aparentemente inferior a la primera, pero no por ello menos destructoras.

Durante una infinitesimal fracción de segundo, sintieron un vivísimo calor, una abrasadora sensación de agonía total. Después, el frío definitivo les envolvió para siempre.

El único astronauta que se salvó fue debido a hallarse bajo la protección de un grueso tronco de árbol, que, según creyó más tarde, había evitado que sus misteriosos atacantes le localizasen.

El nombre del superviviente era Lin Yu. Durante días, vagó por todas partes, espeluznado aún por la horrible catástrofe que se había abatido sobre sus compañeros.

Poco a poco, fue rehaciéndose. Lin Yu sabía que estaba solo en aquel planeta, al menos, en lo que se refería a astronautas de su mismo mundo, y por ello, con envidiable presencia de ánimo, hizo

todo lo posible por sobrevivir, considerándose a sí mismo como un Robinson Crusoe del espacio.

Dos semanas más tarde, divisó en lontananza unas siluetas humanas.

Lin Yu aprestó inmediatamente su rifle solar. Era un arma también de efectos aterradores y de carga infinita, renovable con una simple exposición de un minuto a los rayos de cualquier estrella de características aproximadas a las del Sol.

Los sujetos que se acercaban eran enemigos, no le cabía la menor duda.

Lin Yu se escondió detrás de un árbol y esperó.

Pasaron algunos minutos. Bruscamente, una voz resonó a sus espaldas.

—Le tenemos rodeado. Entréguese.

Lin Yu se irguió, oprimiendo con fuerza el rifle.

—¿Por qué? ¿Quiénes son ustedes?

Las manos le vibraron de pronto. Estupefacto, vio que el rifle se convertía en polvo, como si sus moléculas se disgregasen bajo la acción de una fuerza desconocida.

Lin Yu se resignó a lo inevitable. Levantó los brazos.

—Así está mejor —dijo el hombre que estaba tras él.

* * *

Lin Yu estaba solo en una habitación de forma cúbica, desnuda por completo de mobiliario.

La estancia tenía paredes metálicas. Una luz brillaba en su techo.

Llevaba veinticuatro horas encerrado. En todo el tiempo, sus captores no habían dado la menor señal de vida. Ni siquiera habían hecho acto de presencia para facilitarle algo de comida.

Lin Yu tenía hambre y sed, pero las aprensiones que sentía acerca de su futuro, atenuaban de modo notable sus apetitos físicos.

Se preguntó qué raza de seres supercivilizados residían en aquel planeta y por qué no querían entablar relaciones con otros seres también inteligentes.

En la Galaxia, una acción semejante no era normal. Cuando los habitantes de un planeta no querían relaciones con los demás, lo hacían saber de un modo muy distinto, pero jamás atacando a

muerte sin previo aviso.

Allí no había ocurrido nada de eso. La astronave había sido destruida en cuestión de segundos, rápida, silenciosa y eficazmente, sin que se hubiese producido la menor explosión de sus motores nucleares. ¿Qué arma tan fabulosa usaban en aquel mundo hostil?

La puerta se abrió de pronto, cortando en seco las amargas cogitaciones de Lin Yu.

Una voz, cuya fuente no era visible, pero que parecía brotar de todas partes, le dio una orden:

—Salga.

Lin Yu obedeció, esforzándose por dominar el temblor de sus piernas.

—A la derecha.

Lin Yu realizó el movimiento.

—Avance en línea recta.

No recordaba haber estado allí jamás. Sólo sabía que, después de haber sido hecho prisionero, se había quedado sin conocimiento, aunque ignoraba la forma en que se había producido el hecho.

El corredor era largo, de paredes inclinadas hacia un vértice superior, y ligeramente abombadas hacia fuera, de tal forma, que su sección formaba un triángulo isósceles, con los dos lados más largos en forma curva.

El suelo brillaba, devolviendo su imagen con la nitidez de un espejo cuidadosamente pulimentado.

No había ventanas. La luz llegaba de todas partes, envolviéndole por completo y anulando así la proyección de sombras.

El silencio era absoluto.

—Deténgase ante la puerta —le ordenaron.

Lin Yu se quedó quieto. Esperó unos segundos.

La puerta se descorrió en completo silencio.

—Entre.

Lin Yu cruzó el umbral, encontrándose en una gran estancia de forma semicircular, con el lado curvo en el sitio opuesto a la entrada.

Frente a él divisó un gran estrado, con una mesa cubierta por un paño de color oscuro. Cinco hombres se hallaban sentados tras la mesa.

Lin Yu no podía verles el rostro, ya que la luz, en aquel caso,

brotaba, o parecía brotar, de las espaldas de los hombres, que se le aparecían como negras siluetas, sin rasgos faciales o corporales definidos.

Uno de ellos habló de pronto.

—Lin Yu, de Tierra, va a ser juzgado por el Cuarto Tribunal de este planeta.

—De… desearía saber por qué se me va a juzgar —habló Lin Yu, esforzándose por evitar el temblor de su voz—. No he cometido ningún delito… Ni yo ni mis compañeros vinimos aquí con ánimo hostil; solamente queríamos reconocer el planeta, entablar relaciones amistosas con sus habitantes, caso de que existieran, fomentar…

—Conocemos perfectamente vuestras intenciones —le interrumpió el presidente del singular tribunal—. Pero ello no te exime de ser juzgado, Lin Yu.

—No he cometido ningún delito, insisto —exclamó el prisionero —. Y aunque hubiese violado vuestras leyes, tengo derecho a que alguien me defienda.

—No tienes ningún derecho ante nuestros ojos, Lin Yu.

Sobrevino un momento de silencio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me juzgáis? ¿De qué delito se me acusa? —gritó Lin Yu, perdiendo los estribos.

El presidente del tribunal movió ligeramente su mano derecha.

La luz que tenían a su espalda se apagó y se encendió otra que dio de lleno en su rostro y en el de sus compañeros.

Lin Yu dejó escapar un grito agudísimo al comprender la verdad.

—¡No, no puede ser! —chilló.

—Te juzgamos por el delito de ser hombre —habló el presidente con voz cavernosa.

CAPÍTULO II

Emilio Hortín, Comisario de la Séptima División Estelar, examinó preocupadamente los documentos que tenía frente a sí.

Hortín tenía sobrados motivos para sentirse preocupado. Y no precisamente por su cargo, sino por lo que sucedía en el sector galáctico encomendado a la vigilancia de su División.

Sonó el zumbador del visófono que tenía sobre la mesa. Hortín presionó una palanquita.

—Diga —murmuró.

El rostro de su secretaria apareció en la pantalla del aparato.

—Comisario, el capitán Sheir acaba de llegar.

—Está bien. Hágale pasar inmediatamente.

—Sí, señor.

Hortín cerró la comunicación. La puerta de entrada al despacho se abrió un segundo después.

Un hombre cruzó el umbral. Era un sujeto joven, de unos treinta y cinco años, alto, membrudo, de anchos hombros y estrechas caderas, ojos azules y pelo castaño. Vestía una chaqueta corta y pantalones ceñidos, prendas ambas de color azul oscuro.

En el lado izquierdo de la chaqueta se veían las tres estrellas de siete puntas, de color plateado, que eran las divisas de su grado. Bajo las estrellas, se hallaba la insignia del cuerpo a que pertenecía: Policía Estelar.

—Comisario Hortín —saludó brevemente.

Hortín le tendió una mano.

—Siéntese, capitán —invitó—. Tengo que encomendarle una misión.

—Sí, señor —contestó David Sheir.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, comisario.

Los dos hombres fumaron. En aquel momento se abrió la puerta y la secretaria entró con una bandeja en las manos.

—Traigo agua caliente —sonrió—. Imaginé que su conversación resultaría más agradable con una taza de café en las manos.

—Es usted la perla de las secretarias, Mary —contestó el comisario—. Deje aquí la bandeja, por favor. Y muchas gracias.

—De nada, señor.

La muchacha dirigió a Sheir una penetrante mirada, seguida de un suspiro que hizo crujir alarmantemente el tejido de su sujetador. Hortín ocultó una sonrisa.

Al quedarse solos, Hortín tomó la jarra y llenó dos tazas con agua caliente. Luego cogió un tubito y miró al joven.

—¿Cuántas tabletas, capitán?

—Dos, señor.

Hortín depositó dos tabletas de café instantáneo en la taza de su visitante y luego puso dos más en la suya. El café se disolvió en el acto.

—Sírvase el azúcar a su gusto, capitán.

Mientras removía el café con la cucharilla, Sheir se dijo que el asunto para el que había sido llamado debía ser muy importante.

Conocía al comisario desde hacía bastantes años y sabía perfectamente que Hortín era hombre que no gustaba de rodeos en vano. En aquella ocasión, sin embargo, se estaba mostrando reticente, demasiado, tal vez.

Tomaron el café en silencio. Al terminar, Hortín juntó las yemas de sus dedos.

—Capitán, la misión que voy a encomendarle es sumamente peligrosa. Tanto —añadió—, que es muy posible que yo, en su lugar, me negase a aceptarla. Y en realidad, si lo hace, no tendré fuerza moral ni disciplinaria para obligarle a ello.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Sheir, recostándose en su asiento.

Hortín presionó un botón. La luz que entraba por el gran ventanal que tenía a sus espaldas, se apagó gradualmente, cuando el vidrio se polarizó y cerró el paso a los rayos solares.

Luego, Hortín pulsó otro mando y una gran pantalla se encendió en uno de los muros laterales de la estancia. La pantalla presentaba una vista que parecía real, de un sector de la Galaxia.

—He ahí el sector encomendado a la vigilancia de nuestra División —habló Hortín—. Creo que usted lo conoce bastante bien, capitán.

—Dentro de lo que cabe —replicó el joven con una sonrisa.

—Sí, es muy amplio —convino Hortín cortésmente—. Tanto, que no ha podido ser explorado en su totalidad, como usted sabe muy bien.

El comisario manejó otro control.

La imagen se agrandó poco a poco. Parecía que fueran volando por el espacio a una velocidad exorbitante. Las estrellas aumentaban de tamaño, se aproximaban a los lados de la pantalla y desaparecían luego.

Era sólo una ilusión. Sheir era demasiado buen astronauta para saber que las estrellas resultaban invisibles cuando navegaban a

velocidades hiperlumínicas.

La luz se quedaba atrás. Ocurría el mismo fenómeno que en los vuelos supersónicos: el sonido era menos veloz que el aparato.

Hortín detuvo de pronto el mando de aumento óptico.

—Ése es el Subsector F-17 —dijo—. Existe en ese Subsector un planeta, al que provisionalmente hemos dado el nombre de Sariwan-5, derivado de sus siglas de identificación cartográfica, SRW-5, acerca del cual no tenemos aún la menor noticia.

»El planeta fue descubierto hace un par de años por una expedición que se dirigía hacia el Sector de la División Undécima. El comandante de la expedición consiguió enviar un informe, manifestando que había hallado un planeta tipo Tierra y que…

Hortín sonrió, a la vez que enseñaba las vacías palmas de sus manos.

—Eso es todo lo que sabemos, capitán. «Hemos hallado un planeta tipo Tierra y que…». El mensaje llegado por la radio subespacial no decía más. De aquella expedición ya no se volvieron a tener noticias.

»Subsiguientes exploraciones han resultado infructuosas… y catastróficas. Se han enviado ya tres naves más, de ninguna de las cuales se ha vuelto a tener la menor noticia. Sencillamente, se han volatilizado, como si jamás hubieran existido.

Sheir encendió su segundo cigarrillo.

—Lo cual significa, si no me equivoco, que Sariwan está habitado por gentes hostiles.

—Eso es lo que suponemos, pero no hemos confirmado todavía.

—Y lo he de confirmar yo.

—Si acepta…

Sobrevino una pausa de silencio.

Sheir miró la carta estelar nuevamente.

—Sariwan —habló— parece situado en un lugar estratégico. Aparte de ser, o creer que es, habitable y susceptible, por tanto, de ser colonizado, podría constituir una magnífica estación de relevo para los saltos interestelares entre nuestro Sector y el Undécimo.

—Así pensamos aquí —confirmó Hortín.

—Pero las leyes galácticas prohíben taxativamente imponer a los habitantes de un planeta la presencia, temporal o fija, de otros seres.

—Cierto —sonrió Hortín—. Sin embargo, esas mismas leyes prohíben también que los seres que llegan al planeta sean atacados o hechos prisioneros, sin causa específicamente justificada y que deberá ser sometida, en todo caso, a la consideración del Tribunal Supremo de Colonización de la Galaxia. Y, por lo poco que podemos juzgar, los tripulantes de las cuatro astronaves han sido hechos prisioneros, cuando no muertos y sus aparatos destruidos.

—En vista de lo cual, yo debo descender en Sariwan e investigar lo que sucede allí.

—Ni más ni menos —contestó Hortín.

—¿Solo?

Hortín reflexionó unos instantes.

—Puede llevar compañía, si lo desea y encuentra algún voluntario —declaró al cabo—. Pero, en el caso presente, estimo que un hombre solo tiene más probabilidades de éxito.

—Sí, es cierto —confirmó Sheir—. Iré.

Hortín sonrió, aliviado.

—Confié en usted y no me ha defraudado. Gracias, capitán.

—La misión es muy atractiva —sonrió también el joven.

—Usted la llevará a cabo sin ninguna dificultad... quiero decir, que triunfará. A propósito —añadió el comisario—, deje en orden todos sus asuntos privados antes de partir.

—Eso no concuerda demasiado con la buena opinión que tiene acerca de mis posibilidades de éxito —dijo Sheir, riendo.

—Es preciso estar a cubierto de todas las eventualidades —contestó Hortín—. Sin embargo, insisto en que usted conseguirá triunfar.

—¡Ojalá! —suspiró el joven. Tras unos segundos de pausa, añadió—: Supongo que tendré plena libertad de acción.

—No se le escatimarán los medios —aseguró Hortín—. Todo cuanto pida le será concedido inmediatamente. El tiempo no importa —concluyó el comisario—; la victoria es lo que cuenta.

* * *

La puerta de su encierro se abrió de repente y Magda Zador levantó la cabeza.

—Señora —dijo el hombre—, tenga la bondad de salir.

Magda se puso en pie. Era una joven de veinticuatro años, de elevada estatura y cuerpo sumamente esbelto. Tenía los cabellos muy negros y sus ojos parecían encerrar un pedacito de noche en el fondo de sus pupilas.

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo, Petrosian? —quiso saber.

—Por favor—insistió el hombre.

Magda asintió en silencio y salió del camarote.

La tripulación de la astronave se hallaba reunida en el comedor. Magda contempló en silencio el semicírculo de rostros duros y ceñudos que tenía frente a sí.

Al fondo, en un rincón, divisó un bulto cubierto con una manta. Palideció ligeramente y su cuerpo sufrió un estremecimiento.

—Señora —habló uno de los tripulantes—, no tenemos nada en contra de usted. Todos nuestros motivos de resentimiento iban dirigidos contra su difunto esposo.

Magda guardó silencio. Su esbelto pecho subía y bajaba acompasadamente.

—El capitán Zador no nos dejó otra alternativa —continuó el hombre—. Usted, como esposa suya, conocía su carácter mejor que nadie. Era inevitable que llegase este momento.

—¿Y...? —murmuró la joven.

—Él nos forzó a tomar esta decisión, señora. Todos somos, fuimos, mejor dicho, hombres respetuosos con la disciplina del espacio. No obstante, llega un momento en que la dignidad humana ya no puede resistir más.

—Y por eso mataron al capitán Zador —dijo Magda en forma inexpresiva.

—Él había matado ya a dos de los nuestros. Era un hombre violento, en demasía; había llegado a creerse que vivía dos siglos antes, cuando el capitán de una nave poseía el derecho de vida o muerte sobre sus tripulantes. Esos tiempos pasaron ya.

—Pero no los de los motines y la piratería —contestó ella con ligera sonrisa de ironía.

El tripulante se encogió de hombros. Sus demás compañeros permanecían torvamente silenciosos.

—Lo sentimos y no es mera retórica —dijo el hombre—. Usted no tuvo la culpa de lo ocurrido. Más que esposa, era la víctima también del capitán Zador. Si examinamos atentamente su mejilla

izquierda, encontraremos aún señales de los golpes que le propinó hace sólo un día.

Magda se sofocó.

—Ése es un asunto que no deseo discutir con ustedes —contestó con sequedad—. Teniente Gordon, lo que importa es: ¿Qué van a hacer conmigo?

Gordon miró en tomo suyo, como consultando a sus compañeros.

—Repito que usted no es culpable, sino víctima —habló—. No obstante, ha de comprender que no puede continuar a bordo de la nave.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó Magda, empezando a sentir miedo por primera vez, desde el estallido de violencia que había costado la vida a su esposo y dos hombres más.

—Tenemos un bote salvavidas preparado —contestó Gordon—. Embarcará en él y... Bien, hay un planeta habitable a sólo unos millones de kilómetros de distancia. Usted sabrá llegar a ese planeta sin apuros, señora Zador.

—Ese planeta habitable, ¿está habitado?

—Lo siento. Ése es un dato que no figura en nuestras cartas.

—Entonces me están condenando a muerte —alegó Magda con desesperación.

—Le ofrecemos una posibilidad, señora —declaró Gordon—. Es más de lo que cabía esperar. Algunos eran partidarios de matarla a usted también.

Magda exploró con la vista los rostros de la docena de astronautas que tenía frente a sí. Sólo captó expresiones hostiles, inamistosas; ni la menor señal de compasión.

Se resignó con su suerte. Sabía que suplicar piedad era perder el tiempo en vano.

—Está bien —murmuró——. ¿Cuándo?

—Ahora mismo —respondió Gordon.

CAPÍTULO III

David Sheir evolucionó con su nave a unos quinientos kilómetros de la superficie de Sariwan.

Contempló el planeta alternativamente a simple vista y por medio de la pantalla telescópica, que recogía y agrandaba las imágenes con toda exactitud.

Era un mundo hermoso, ciertamente. Pero ¿qué misterio encerraba en su seno que causaba tan terribles efectos en las astronaves que aterrizaban en él?

Divisó grandes océanos, largas cordilleras, cubiertas de nieve, lagos azules, ríos anchurosos y extensas praderas.

—Es una nueva Tierra —murmuró.

Pero no se divisaba la menor señal de habitantes.

No se veía ni una ciudad, ni unas ruinas tan siquiera. Sólo el planeta en un estado de primitivismo total.

—¿Es que no ha llegado aún al final de su etapa evolutiva? —se preguntó.

Tal vez los seres que lo habitaban estaban evolucionando todavía, en un estado semejante al del hombre de Cromagnon en las épocas primitivas de la Tierra.

—Pero, en tal caso —soliloquió—, no podrían haber destruido cuatro astronaves. Alguno de sus tripulantes hubiera sobrevivido. Uno, dos y aun diez, habrían podido morir, a garrotazos o pedradas, pero los demás habrían sobrevivido y utilizado sus rifles solares.

El detector de fuentes calóricas permanecía casi inactivo. Las leves oscilaciones que se advertían en la pantalla pertenecían a emisiones de calor procedentes de cuerpos de animales.

Durante una semana larga, Sheir evolucionó constantemente sobre Sariwan. Empezaba ya a pensar en el aterrizaje cuando, de pronto, el detector de masas metálicas, empezó a lanzar destellos sonoros y visuales.

Sheir corrió hacia el aparato y estudió el centelleo de la pantalla durante unos segundos.

—Esto no es un yacimiento mineral —se dijo—. Se trata de una gran masa de metal en estado puro.

Conectó la pantalla telescópica e hizo girar el objetivo, hasta que hubo enfocado el punto indicado por el detector. Entonces, movió el mando de aumento.

Momentos después, la imagen de una navecilla aparecía en la pantalla.

Sheir se asombró.

—¡Es un bote salvavidas! —exclamó.

Conocía demasiado bien todos los tipos posibles de astronaves, para no identificar en el acto a la que tenía ante sus ojos.

El telescopio poseía una capacidad de aumento realmente fabulosa. Sheir supo bien pronto que no había ningún ser viviente en las inmediaciones de la nave.

Durante la semana que había permanecido orbitando en torno a Sariwan, había tenido constantemente conectado el deflector del radar, a fin de evitar ser detectado desde el suelo. El peligro de ser observado visualmente subsistía, sin embargo.

Pero aquélla era la primera señal de vida que captaba en siete días. Decidió tomar tierra en las inmediaciones del bote salvavidas.

Sentóse ante los controles y cortó la órbita de la nave, a fin de descender verticalmente sobre el punto deseado. Ello le costó una vuelta entera, antes de que hubiese conseguido acelerar lo suficiente.

Antes de entrar en la atmósfera de Sariwan, realizó una operación, destinada a prepararse la huida en caso necesario. Luego, con cierta rapidez, picó verticalmente sobre el aparato que yacía inmóvil en el suelo.

A medida que perdía altura, los detalles de la superficie cobraban nuevos relieves. No tardó mucho en divisar un anchuroso río que cruzaba por el centro de un extenso bosque y que salía luego a una vasta llanura, de suaves ondulaciones.

El bote salvavidas se hallaba a muy corta distancia del río y del bosque. Sus ocupantes, dedujo Sheir, habían estimado que aquel era el mejor punto para aterrizar.

De pronto, cuando se hallaba a unos diez mil metros de altura, divisó algo que le dejó estupefacto.

Un enorme chorro de luz brotó de un punto muy próximo al horizonte. Parecía una manga de fuego blanco, que nacía del seno de la tierra y que, en fracciones de segundo, alcanzó el bote salvavidas, convirtiéndolo en humo instantáneamente.

Pero lo más asombroso de todo, a juicio de Sheir, no era la repentina aparición de aquel rayo mortífero, sino el hecho de que hubiera seguido una trayectoria no recta.

La curvatura de la manga de fuego, de forma parabólica, aunque no demasiado acentuada, podía apreciarse con claridad. El

resplandor se extinguió a los pocos segundos.

Sheir se encolerizó y presionó el mando de velocidad. Corrigió el rumbo y se lanzó a toda máquina hacia el punto donde había visto nacer el rayo de luz destructora.

Sus dedos volaron ágilmente por las teclas del cuadro de mandos. Unos segundos más tarde, dos chorros de humo brotaron del vientre de su astronave.

Los cohetes partieron a gran velocidad, rugiendo ensordecedoramente. Sheir los siguió por radio, hasta las cercanías del punto donde creía se hallaba el origen de la fuente de luz destructora.

Cinco segundos después, movió de forma conveniente la palanquita que regulaba el haz de ondas direccionales. Los cohetes picaron verticalmente.

Dos enormes explosiones se produjeron en aquel punto. Enormes columnas de fuego, humo y polvo subieron a grandísima altura.

La onda explosiva alcanzó a la nave poco después, sacudiéndola con fuerza. Sheir se mantuvo firme en su puesto, sujeto por las correas de seguridad.

Sobrevoló el punto donde habían estallado los cohetes. Las explosiones se habían producido muy juntas, de tal suerte que sólo aparecía un cráter, pero de dimensiones gigantescas.

—Cualquier cosa que sea lo que había ahí abajo, ha quedado destruido —murmuró, aunque no satisfecho.

Le habría gustado más entablar relaciones de un modo más amistoso. Pero, dada la actitud de los misteriosos habitantes de aquel planeta, convenía hacerles saber que él también poseía armas de gran capacidad de destrucción.

—Es probable que mis dos cohetes les hagan reflexionar —se dijo, mientras viraba en redondo, con ánimo de volver al lugar donde había divisado el bote salvavidas.

Un cuarto de hora más tarde, tomaba tierra a pocos metros de una mancha negruzca de forma casi circular. Se soltó de las correas y se dirigió al pañol de pertrechos.

Tomó un rifle de carga solar y una mochila de las llamadas «de supervivencia». La mochila contenía todo lo necesario para sobrevivir durante un pequeño período de tiempo en las más adversas condiciones.

Pesaba unos cuarenta kilos, pero Sheir era fuerte. Se la colocó a la espalda y abrió la escotilla.

El suelo quedaba a unos cincuenta centímetros. Saltó tranquilamente, aunque con el rifle preparado para cualquier evento.

Se acercó a la mancha negra. Vio brillar algo y se agachó, comprobando que se trataba de tierra vitrificada, por haber sido sometida bruscamente a una intensísima temperatura. Pero no había el menor rastro del metal.

Se puso en pie, mirando en tomo suyo con expresión recelosa. De pronto, le había parecido que no se encontraba solo.

El río pasaba a veinte metros escasos. A su derecha tenía el bosque, a una distancia no mucho mayor.

Tras unos segundos de vacilación, aprestó el rifle y se dirigió hacia el bosque, aunque apartándose al mismo tiempo de la orilla del río. De repente, creyó ver una mancha blanca que se movía tras unos arbustos.

—¡Quieto! —gritó—. ¡No se mueva o dispararé!

La intimidación no era sino un aviso destinado a amedrentar al sujeto que se escondía tras los árboles. Pero la respuesta le dejó totalmente asombrado.

—No dispare, por favor.

Sheir se puso rígido.

¡Era una mujer!

—Salga —contestó—. No le haré daño, a menos que usted intente hacérmelo a mí.

—No puedo —dijo ella.

Sheir dio unos cuantos pasos hacia delante.

—¡No se mueva! —chilló agudamente la mujer.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué no quiere dejarse ver? —preguntó el joven, atónito.

Ella asomó la cabeza por encima de unas matas.

Sheir apreció que se trataba de una mujer joven y hermosa.

—Es que... estoy... No tengo ropas... —confesó Magda Zador, con el rostro encendido de rubor.

Sheir pegó un respingo.

—¿Qué está...? Pero ¿qué le ha ocurrido, señora?

Magda le dirigió una mirada suplicante.

—Estuve durmiendo hasta muy tarde —contestó—. Cuando desperté, se me antojó tomarme un baño en el río y... Bueno, estaba sola, así que me desvestí en mi propio bote salvavidas. Luego, alguien lo quemó...

En medio de las preocupaciones que sentía, Sheir no pudo por menos que emitir una ancha sonrisa.

—No se preocupe, señora —dijo—.Yo tengo ropas de repuesto, aunque me temo que le estarán un poco grandes. A propósito, dijo antes que estaba sola.

—Sí. No había nadie más conmigo. Me llamo —se presentó ella — Magda Zador.

—Soy David Sheir —contestó él, aunque sin añadir nada acerca de su misión ni de su oficio—. ¿Ha dicho Zador? —exclamó de repente—. Conocí una vez a un capitán de astronave con ese nombre.

—Era mi esposo —respondió Magda.

Sheir la miró fijamente.

—Debo deducir que el capitán Zador ha muerto —dijo.

—Sí. La tripulación se sublevó y le dieron muerte. A mí me embarcaron en un bote salvavidas y me dejaron a poca distancia de este planeta.

—Un motín en el espacio es siempre una cosa grave —exclamó el joven.

—Yo no pude impedirlo —declaró Magda—. Aún debo dar gracias por haber salvado la vida; algunos tripulantes votaron por mi muerte.

—Bien —dijo él—, eso ya quedó atrás. Ahora hemos de mirar por nosotros, señora. Estamos solos en este planeta, a excepción de los seres misteriosos que destruyeron su nave. Aguarde un momento y le traeré ropas para que se cubra.

—Le espero —contestó Magda, sumamente aliviada por el cambio de situación.

CAPÍTULO IV

Magda salió de detrás de los arbustos, subiéndose las mangas de la camisa que le había dado el joven. Éste le había facilitado

también un par de pantalones, que le quedaban bastante anchos, lo que no menguaba, pese a todo, su hermosura física.

La joven hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ahora me siento mucho mejor, señor Sheir —manifestó.

—¿Tiene hambre? Hay comida de sobra en mi nave.

—Si no le importa...

—Desde luego. Venga conmigo.

Entraron en la nave. Sheir se despojó de la mochila y del rifle y empezó a sacar alimentos en conserva de la despensa.

—Pasé un miedo horrible cuando vi surgir ese rayo de luz que destruyó mi nave —confesó ella, mientras Sheir preparaba la comida—. ¿Quiénes hicieron una cosa semejante?

—Lo siento, pero no estoy en condiciones de contestar a esa pregunta —respondió Sheir—. Precisamente para solucionar ese misterio me encuentro yo aquí.

—No le entiendo —dijo Magda.

Sheir pensó que ya no existían motivos para ocultar las verdaderas causas de su estancia en Sariwan.

—Soy capitán de la Policía Estelar —dijo—. Cuatro naves han desaparecido misteriosamente en dos años, en la superficie de este planeta. No se sabe en absoluto qué fue de ellas, señora Zador.

—¿Es que los habitantes de Sariwan son hostiles? —preguntó la joven, atónita.

Sheir le puso un plato delante.

—Así parece deducirse de sus acciones —contestó—. Pero desconocemos totalmente cualquier dato sobre ellos. No sabemos qué forma tienen ni cómo son ni cuántos... Estamos por completo a ciegas en este asunto.

—Destruyeron mi nave, pero no la suya —habló Magda en tono preocupado—. ¿Por qué, capitán?

—Yo tenía conectado mi deflector antirradar mientras orbitaba en torno a Sariwan. Usted, probablemente, no tomó esa precaución.

—No se me ocurrió. Cuando... me pusieron en el bote, dijeron que Sariwan era perfectamente habitable. ¿Quién iba a suponer la existencia de seres hostiles? Al menos —agregó la joven—, con unas armas tan potentes. Para armas de menor potencia o convencionales, yo tenía un rifle solar... pero se me ocurrió bañarme en el río —terminó.

Sheir sonrió, mientras se llevaba a los labios una taza de café.

—Sin embargo, no se olvidó de los zapatos —dijo.

—Bien, temí sufrir algún daño en las plantas de los pies —reconoció ella, sonrojándose de nuevo.

—¿Qué ocurrió a bordo de su nave?

El semblante de la joven se oscureció.

—Mi esposo era violento, déspota y autoritario. Sostuvo una terrible discusión con algunos de los tripulantes y mató a dos. Esto pareció restablecer la disciplina, pero, por lo visto, se conjuraron más tarde y le asesinaron a la primera ocasión que tuvieron.

—No tenían razón, aunque lo parezca. El segundo debió destituirle del mando, encerrarlo y mantenerlo bajo arresto, hasta encontrarse con la primera nave de patrulla.

—Las cosas ocurrieron así, no me pregunte por qué, capitán.

—¿Transportaba su nave algo de especial valor?

—¿Por qué me pregunta eso? —se sorprendió la joven.

—El segundo no debía desconocer las leyes del espacio. Si permitió, toleró o incluso fomentó el motín, era que había algunos motivos más poderosos que los de vengar la muerte de dos de sus compañeros. Hubiera podido disparar contra su esposo, en el curso de la pelea, pero no horas más tarde, después que todo había acabado.

—Mi esposo era muy reservado para según qué asuntos —contestó Magda—. Aunque lo quisiera, no podría facilitarle ninguna información al respecto, capitán.

—Bien, no le haré más preguntas, señora Zador —manifestó Sheir—. Hablando objetivamente, es un asunto que no me concierne, aunque, por supuesto, siento muchísimo lo que le ha ocurrido a usted.

Magda volvió la vista. Se estremeció.

—No deseaba su muerte, pero ya no le amaba —confesó con voz sorda.

Sheir divisó en la mejilla de la joven los restos de una mancha violácea.

«Algunos tipos se tienen bien merecido lo que les ocurre, pensó. He ahí una mejilla para cubrir de besos constantemente... y aquel bruto, lo único que sabía hacer era golpearla.»

Magda rompió el silencio de pronto.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora, capitán? —preguntó.

—Explorar las inmediaciones de la nave, cuando haya terminado usted de comer. Le proporcionaré un arma para que pueda defenderse, mientras yo estoy lejos de aquí.

—¡Por favor, no me deje sola! —exclamó ella—. Soy fuerte y resistente. Iré adonde sea, pero creo que me volvería loca de miedo si me quedase sola de nuevo.

—De acuerdo —accedió Sheir—. Traeré otro rifle.

Cuando regresó, Magda le esperaba ya en pie.

—¿Sabe manejar esta clase de armas? —preguntó él.

—Desde luego.

—Entonces no se hable más. Salgamos.

Sheir se echó la mochila a la espalda y cogió su rifle.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—¿No oyó antes dos explosiones?

—Sí. Usted disparó los cohetes, ¿verdad?

—Cierto. Nunca me ha gustado entablar relaciones a tiros con los nativos de un planeta, pero cuando ellos son los primeros en atacar sin que se les haya dado muestras de hostilidad, pienso que debe hacérseles siempre una demostración de fuerza. Por tanto, y si no le importa, caminaremos hacia el lugar donde explotaron los cohetes, que es precisamente de donde brotó el chorro de fuego que destruyó su nave.

Magda sintió un escalofrío.

—¿Qué arma tan potente usan los nativos, capitán?

—No lo sé, pero lo que más me preocupa es que se trata de un chorro de luz, o de fuego, de forma curva. Nunca había visto una cosa semejante, señora Zador,

—Curvar los rayos de luz —dijo ella en tono pensativo—. Significa que son poseedores de un grado superlativo de civilización.

—Exactamente.

Caminaban ya a través del bosque. Las copas de los árboles, muy juntas, atenuaban muchísimo los efectos de los rayos del sol que daba luz y calor a Sariwan.

—¿Serán humanos? —preguntó Magda—. Quiero decir, si tendrán una conformación anatómica semejante a la nuestra.

—No lo sé. No hemos recibido ningún informe al respecto. Sólo

sabemos que desaparecieron cuatro naves, con sus tripulaciones, como si jamás hubieran existido unas y otra.

Magda asintió con un gesto de cabeza.

El bosque estaba en silencio. Sólo se oía el susurro de las hojas, movidas por una leve brisa.

De pronto, las ramas de unos arbustos se agitaron a corta distancia.

Sheir se volvió hacia aquel punto, con el rifle solar preparado.

—No se mueva, señora —recomendó.

Magda contuvo el aliento, mientras veía a Sheir aproximarse al matorral. De pronto, crujieron las ramas con más fuerza y un animal, semejante a un cervatillo terrestre, apareció ante sus ojos.

El animal les contempló unos instantes con curiosidad. Luego se alejó, dando unos saltos llenos de gracia y agilidad.

—¡Qué hermoso! —exclamó ella.

—Estaría mucho más hermoso atravesado sobre un buen fuego —sonrió él.

—No se puede decir que tenga usted sentimientos poéticos —comentó la joven.

—Me gusta la carne fresca, siempre que tengo ocasión —declaró Sheir—. Añoro los siglos pasados, cuando era tan fácil comer cuanta carne fresca se quería, sin temor a restricciones ni a las conservas.

—Cada época tiene sus ventajas y sus desventajas, capitán —dijo Magda.

Continuaron su camino hasta que el crepúsculo hizo perder luminosidad a la atmósfera. Entonces, Sheir decidió acampar.

—Mañana, dos horas después de amanecer —calculó—, habremos llegado al punto donde disparé los cohetes.

Abrió la «mochila de supervivencia» y extrajo un pequeño saquete que contenía la tela de una tienda de campaña. Con una pequeña sierra de pistola, cortó unas cuantas ramas, largas y rectas, que sirvieron de mástiles, que no se llevaban con la tienda, a fin de eliminar peso y volumen.

El tejido era delgadísimo, como un papel de fumar, pero sumamente resistente e impermeable. Magda observó los rápidos y fáciles movimientos del joven.

La tienda estuvo montada en pocos minutos. A continuación, Sheir tomó otra vez la sierra de pistola y preparó un buen montón

de leña.

Cuando se hizo de noche, ya ardía una alegre hoguera delante de la tienda. Tomaron algunos comprimidos, de gran poder energéticos, aunque absolutamente insípidos.

—Nos hemos comido el equivalente de un cuarto de pollo, dos huevos, doscientos gramos de pan y dos naranjas —declaró Sheir—. Pero ¿a qué sabían esas condenadas tabletas?

Magda sonrió.

—¿Es que usted no vive más que para comer? —preguntó.

—De todo puede obtenerse un pequeño placer, que no ofende ni molesta a nadie —rezongó él, atizando la hoguera con una rama—. Como usted dijo antes, ventajas de la civilización.

La joven contempló las llamas pensativamente, abrazada a sus rodillas. Sheir, respetuoso, no quiso interrumpir su silencio.

Magda reflexionaba sobre los cambios que había sufrido su situación en el transcurso de unos pocos días. En tan breve lapso de tiempo, había perdido a su esposo, la habían abandonado sobre un planeta acogedor en un principio, pero que luego había resultado hostil, se había quedado sin recursos y, por último, se había encontrado con un oficial de la Policía Estelar, empeñado en una de las misiones más peligrosas que ella había conocido jamás.

Contempló furtivamente a David Sheir. El joven removía las brasas con un palo y parecía también abstraído en sus pensamientos. Magda dedujo que debía de estar muy preocupado por los peligros que les esperaban en Sariwan.

Poco más tarde, decidió irse a dormir.

Sheir le prestó su saco de dormir, que cabía en las dos manos juntas. El saco estaba calentado por una diminuta unidad de energía, con batería de carga solar, que tenía una duración de diez horas.

La joven se embutió en el saco, deseó a Sheir las buenas noches y cerró los ojos. Poco después, dormía profundamente.

Sheir durmió fuera de la tienda. De cuando en cuando, se despertaba y arrojaba algunos palos a la hoguera, a fin de que hubiese siempre luz y calor.

A poca distancia del campamento, había montado un detector de masas metálicas. Cualquier intruso que se acercase, sería señalado indefectiblemente.

Cerca del amanecer, un rápido zumbido despertó a Magda. La joven se sentó en el suelo de la tienda.

Había dejado una abertura, a fin de tener ventilación, ya que la temperatura nocturna de Sariwan era perfectamente soportable. A través de la misma, divisó una lívida claridad, anunciadora del nuevo día.

—David —llamó, omitiendo todo tratamiento.

—Silencio —rogó él de modo brusco.

Magda se extrañó de la actitud de Sheir. Sin hacer ruido, desconectó la unidad calefactora y luego descorrió el cierre del saco.

Salió fuera, caminando a gatas. La luz aumentaba con rapidez.

Entonces vio a David Sheir, arrodillado al pie de un árbol de grueso tranco, con el rifle en las manos. Sheir miraba hacia lo lejos, en dirección a algo que ella no podía distinguir desde el lugar en que se hallaba.

Magda corrió hacia el joven y se situó a su lado.

—David —preguntó con un hilo de voz—, ¿qué es lo que ocurre?

—No se mueva —recomendó él—. Mi detector de masas metálicas ha señalado la presencia de alguien que se acerca.

—¿Nativos?

—Es de suponer —respondió Sheir.

De súbito, una gran luz brilló por encima de sus cabezas. Una extraña vibración sacudió la atmósfera.

El tronco del árbol tenía al menos dos metros de grosor. Sheir y Magda, muy juntos, se apretaron instintivamente contra el mismo, buscando protección.

Casi delante de ellos, el detector recibió otra descarga análoga, quedando pulverizado en cuestión de segundos. Aunque no lo había podido ver directamente, Sheir supo así que se había quedado también sin su nave.

CAPÍTULO V

Todo sucedió sin el menor ruido, ni siquiera un breve crujido. A su pesar, Sheir se notó hondamente impresionado.

De pronto, sintió que el árbol se estremecía un poco. Un olor a madera quemada se elevó de inmediato.

Su frente se cubrió de un sudor glacial. ¿Qué ocurriría si aquel dardo de fuego traspasaba el árbol?

Pero el chorro de luz ardiente se apagó casi en el acto. Sheir respiró aliviado.

—¡Dios mío! —murmuró la joven—. Esto es horrible. Jamás había visto nada parecido.

Sheir asintió. No se atrevía a moverse, temeroso de que los nativos les lanzasen una descarga similar a las primeras, las cuales, estaba seguro, les reducirían a cenizas instantáneamente.

De repente, todo su cuerpo se puso en tensión. Magda, apoyada en su hombro, notó la contracción de sus músculos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Silencio. Viene alguien.

Unos pasos sonaron en las cercanías, al otro lado del árbol. De pronto, Sheir se puso en pie y rodeó el tronco, saliendo a terreno descubierto por el lado opuesto a donde se habían oído los pasos.

Delante de él, a diez o doce metros de distancia, divisó a dos hombres.

—¡Quietos o disparo a matar! —ordenó.

Los individuos se revolvieron con cierta lentitud. Sheir se dio cuenta de que no pensaban obedecer su mandato.

Estaban armados.

Parecían pistolas, pero de una forma muy extraña, como nunca las había visto. Además, estaban unidas por un cable grueso y flexible a un depósito oblongo que llevaban a la espalda, suspendido de los hombros por unos atalajes.

No se les podían ver los rostros. Usaban trajes de astronauta, con casco, cuya visera frontal era de un vidrio o metal muy oscuro, que formaba como una especie de cortina intraspasable para la vista normal.

Pero su actitud era declaradamente hostil.

Sheir no dudó. Su vida y la de Magda, ante todo.

Disparó dos descargas muy rápidas, casi seguidas. Pensó que aquellos sujetos se habían movido con demasiada lentitud, cuando los vio desaparecer, convertidos en humo.

—Es una lástima —meneó la cabeza, disgustado—. Me habría

gustado hablar con ellos...

Algo brillaba en el suelo, justo donde los hombres habían estado hasta unos segundos antes. Se acercó y lo examinó, hallando que era un trocito de metal fundido.

La voz de Magda sonó de pronto con trémolos de angustia.

—¡David!

El joven dejó caer al suelo el fragmento de metal y corrió hacia donde estaba Magda. De repente, divisó a un nativo, apuntando con su arma a la joven.

—Entréguese o la mato a ella —dijo el hombre con voz gruesa, espesa, incluso torpe.

—¿Por qué? —preguntó Sheir, sin bajar todavía el cañón del arma. Buscaba entretener al indígena, a fin de sorprenderle con una descarga fulminante—. ¿Qué mal les hemos hecho a ustedes? Nosotros sólo pretendíamos...

Algo le interrumpió de repente.

Su rifle empezó a vibrar agudamente. La vibración se transmitió a sus brazos.

Bajó la vista. El rifle, sin ruido, sin estridencias de ninguna clase, se convirtió en un polvillo gris, que la leve brisa matinal se encargó de disipar en breves instantes.

A Sheir le pareció hallarse desnudo, al quedarse sin el arma. No pudo evitar que la mandíbula inferior se le aflojase de repente.

Otro nativo surgió, armado con una pistola idéntica a las que él conocía ya.

—Así está mejor —dijo el sujeto.

Y, de repente, apuntó a David con el arma.

El joven se puso rígido, comprendiendo que iba a morir. Magda lanzó un chillido desesperado.

Sheir sintió una especie de quemazón en su pecho. Luego, todo empezó a dar vueltas en tomo suyo.

Vio a Magda que se vencía hacia delante, extendiendo los brazos de manera instintiva. Contempló las imágenes como si se hallase en el seno de una masa líquida, agitada por un fuerte oleaje.

Aquella masa líquida se oscureció de repente, hasta convertirse en un líquido negro como la tinta. Quitaba la luz y suprimía los sonidos y la consciencia.

* * *

David volvió lentamente a la vida. Antes de abrir los ojos, se percató de que estaba tendido en el suelo, de constitución metálica, a juzgar por su dureza y frialdad.

Hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo, muy asombrado de seguir con vida. Al abrir los ojos, miró en tomo suyo y divisó a Magda, quien yacía a pocos pasos de distancia. Su espesa mata de cabellos negros se esparcía como un gran abanico por el pavimento de la estancia de forma cúbica en que se hallaban.

Flexionó brazos y piernas, sin notar ningún entumecimiento especial. La descarga paralizante sólo había afectado a su consciencia, sin secuelas posteriores.

El cuarto medía unos cuatro metros de lado en cualquier dirección. La temperatura, calculó, era de unos veintidós centígrados. Consultó su reloj de pulsera.

Habían transcurrido doce horas desde que fueran hechos prisioneros. Si llevaban en aquel lugar seis u ocho solamente, tenían que haber notado ya la falta de aire.

—Debe de haber un sistema de ventilación por alguna parte —se dijo.

Pero no veía ninguna ventana ni tampoco orificio o rejilla algunos de aireación.

Dejó de lado el problema y se acercó a Magda. La tocó en el hombro.

—Magda —llamó.

La joven se agitó y movió los labios, murmurando unas palabras en sueños. Sheir insistió.

Magda abrió los ojos unos momentos después. Su rostro expresó pánico al recobrar el conocimiento.

—¡David! —exclamó, muy asustada.

—Tranquilícese —contestó él, sonriendo a su lado—. No nos ha pasado nada. Sólo estamos prisioneros, eso es todo.

Magda paseó la vista en torno suyo.

—¿Sabe usted dónde nos hallamos? —preguntó.

—No. Hace un cuarto de hora escaso que desperté. Imagino que debieron traemos aquí cuando nos lanzaron aquellas descargas paralizantes. ¿No recuerda usted haber perdido el sentido?

Ella asintió.

—Sí. Pero, ¿qué van a hacer con nosotros, David? Tengo miedo, se lo digo de verdad.

—Bien, el asunto no es como para echarse a dar saltos de alegría —contestó él—. Estamos desarmados, en un lugar desconocido y a merced de unos sujetos no menos desconocidos y de intenciones poco amistosas, a juzgar por cuanto hemos podido apreciar hasta ahora.

—Y formidablemente armados, no lo olvide usted —dijo ella—. Acuérdese de las descargas que destruyeron nuestras naves.

Sheir frunció el ceño.

—Me gustaría conocer ese extraño aparatito que es capaz de curvar la luz —dijo con gesto pensativo—. Eso sólo bastaría ya para calificar a los científicos de este planeta como de seres excepcionales.

—Todos esos elogios sobran, si se considera su carencia de sentimientos —dijo Magda ahora en tono acalorado—. Quisieron matarnos, no lo eche en saco roto.

—Eso es cierto —convino él, bastante preocupado—. Primero destruyeron su nave y luego la mía. Después, destrozaron también mi detector de masas metálicas y luego, sus descargas nos buscaron. Si nos salvamos primero, fue por el tronco del árbol, que absorbió la energía de la descarga. Sin duda —añadió—, deben guiar esos haces de luz mortífera por medio de la detección de metales. Yo llevaba en las manos un rifle y... eso probablemente fue lo que la salvó a usted cuando volatilizaron su nave.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó ella.

—Sencillamente, que no la localizaron, porque estaba en el río.

—¡Oh! —se ruborizó Magda. Luego añadió—: Sí, tiene usted razón, eso debió ser. Pero luego nos hicieron prisioneros en lugar de matarnos. ¿Por qué obraron de una manera, en apariencia tan incongruente?

—Pues yo diría que es porque ya nos habían rodeado y vieron que no podíamos resistirles. Además, recuerde que nos dejaron sin rifles.

—Los convirtieron en polvo —musitó ella—. ¿Cómo lo conseguirán?

—Sentí una fuerte vibración en los brazos en aquel momento —

manifestó Sheir—. Debe tratarse de lo que podríamos llamar una descarga de baja frecuencia... baja, en relación a la potencia máxima, que destruye el metal y carboniza cuanto toca. En el caso de nuestros rifles, calculo que debieron disgregar sus moléculas.

Magda se echó el pelo hacia atrás.

—Sí, pero todo eso no son más que suposiciones. A mí me gustaría saber qué es lo que van a hacer con nosotros.

Sheir reflexionó unos momentos.

—Cuando orbitaba sobre Sariwan, no pude detectar el menor rastro de masas metálicas, salvo su bote salvavidas. Eso indica que las cuatro naves precedentes fueron también destruidas.

—¿Y los tripulantes?

—Podemos forjar dos hipótesis —contestó él.

—Oigamos la primera, David.

—Una: fueron muertos también.

—Otra.

—Están vivos, pero prisioneros y sin posibilidades de escapar.

Magda meditó unos instantes.

—¿Para qué quieren tenerlos prisioneros los habitantes de Sariwan? —preguntó al cabo.

David sonrió.

—Se puede decir de dos maneras también: una mano de obra o esclavitud, Magda.

—¿Y si los retuvieran para realizar experimentos de vivisección humana con ellos... con nosotros también, más adelante?

Sheir se estremeció.

—¡Rayos! —gruñó—. No me gustaría una perspectiva semejante. Pero entra en lo posible, sin embargo.

—Recuerde: no se les veía el rostro. Deben tener un aspecto realmente espantoso.

—Sí —convino él, muy preocupado—. Y, además, es muy posible que la atmósfera de Sariwan les resulte nociva.

—Entonces, ¿por qué empeñarse en vivir en la superficie de este planeta? Son seres inteligentes, eso está demostrado y fuera de toda duda. En su lugar, yo emigraría a otro planeta donde la vida me resultase más fácil y no tuviese necesidad de usar escafandra constantemente.

—También puede ocurrir otra cosa —dijo Sheir—. Usted

mencionó antes que viven en la superficie. ¿Cómo lo sabemos? ¿No pueden tener su morada en subterráneos especialmente acondicionados a las peculiaridades de su organismo?

Magda quedó silenciosa durante unos momentos.

De repente, antes de que pudiera hablar, se abrió una puerta en el muro que tenían frente a sí.

CAPÍTULO VI

Magda, en gesto instintivo, se agarró al brazo de Sheir.

—David —murmuró, amedrentada.

—Tranquilícese, no se deje llevar de los nervios —recomendó él.

Había un hombre bajo el dintel de la puerta. No podían verle la cara, porque la tenía oculta bajo un casco semejante a los que ya conocían ellos.

—Salgan —ordenó el sujeto.

Sheir tomó el brazo de la muchacha y se dirigió hacia la puerta. El nativo, en silencio, retrocedió irnos cuantos pasos, parándose en el muro que había frente a la puerta, al otro lado del pasillo.

—Caminen delante de mí —dijo el nativo—. No intenten nada hostil o perecerán instantáneamente.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Sheir.

—Lo sabrán dentro de unos momentos. ¡Caminen!

David dirigió a la joven una mirada, con objeto de tranquilizarla. Magda aparecía muy pálida.

—Todavía estamos con vida —susurró, inclinándose hacia ella —. No desespere.

Recorrieron el pasillo, cuyos muros no ofrecían solución de continuidad, salvo al final, donde había una especie de rampa que les condujo a una puerta, la cual se abrió de inmediato, antes de llegar a ella.

—Pasen al otro lado —ordenó el nativo.

Sheir y Magda obedecieron.

El joven comprobó que todos sus músculos le respondían, sin el menor torpor, pese a las largas horas que habían pasado sin ingerir ningún alimento. Al mismo tiempo, notó también una singular claridad de mente, una sensación, en fin, psíquica y corporal como

no había experimentado hasta entonces, en ninguno de los planetas que había visitado en sus innumerables correrías por la Galaxia.

Al cruzar el umbral, se encontraron en una vasta estancia, de forma semicircular, sumida en una penumbra que más parecían tinieblas. Por encima de sus cabezas, en el techo, en forma de cúpula, situado a una docena o más, de metros sobre el suelo, brillaban infinidad de puntitos luminosos.

En un principio, Sheir creyó que se trataba de estrellas, pero pronto tuvo que rectificar. No estaban al aire libre, en primer lugar y, además, su brillo, aunque escaso, era constante. Se preguntó qué objeto tendrían aquellos puntos luminosos, pero antes de que hubiese tenido tiempo de continuar adelante con sus reflexiones, se encendió una luz frente a ellos.

Cinco siluetas humanas aparecieron de pronto ante sus ojos.

Magda ahogó un grito de temor. Sheir contuvo un estremecimiento.

Los rostros de los cinco hombres permanecían en la sombra, ya que el resplandor nacía a sus espaldas. Era una visión tétrica, espectral.

Uno de ellos, el que parecía presidir aquella especie de Tribunal, habló de pronto.

—Vuestros nombres —pidió con la voz espesa, dura y un tanto torpe que parecía ser nota común de todos los nativos.

—David Sheir.

—Magda Zador.

El nativo habló de nuevo.

—Se declara abierto y en sesión el Décimo Tribunal de este planeta.

Sheir respingó.

—¡Cómo! ¿Es que nos vais a juzgar? —preguntó.

—Así es —contestó el presidente.

—¿Por qué? ¿De qué delito se nos acusa?

—Sois humanos.

El joven se quedó con la boca abierta.

—¡Cómo! —exclamó Magda—. ¿Sólo por ser humanos… se nos va a juzgar? ¿Es que eso es un delito en Sariwan?

—Sí.

—¡Pero nosotros no hemos venido con intenciones hostiles! —

protestó Sheir.

—Sois humanos. Eso es suficiente para nosotros —contestó inflexiblemente el presidente del Tribunal.

Sheir se pasó una mano por la cara. Parecíale estar viviendo una absurda pesadilla.

—Vosotros habéis destruido cuatro naves nuestras —dijo—. ¿Qué ha sido de sus tripulantes?

—Fueron juzgados.

—¿Y condenados a...?

—Muerte.

Magda sintió que un frío horrible le corría por la espalda. Instintivamente, agarró un brazo del joven y se apretó contra él.

—No, no pueden hacer eso con nosotros —dijo, aterrada—. Nuestras intenciones eran pacíficas...

—Pero sois humanos —insistió el presidente.

—Aún así —alegó Sheir—. Si bien es cierto que maté a dos de los vuestros, lo hice en legítima defensa y sólo después que se acercaron a nosotros con intenciones hostiles. En el peor de los casos, tenemos derecho a que se nos defienda.

—No hay defensa para los humanos en este planeta —contestó el nativo inexpresivamente.

—¿Por qué?

El presidente pulsó un botón.

La luz de su espalda decreció suavemente. Al mismo tiempo, otro foco de luz se encendía a espaldas de la pareja, iluminando con toda claridad a los cinco nativos que se sentaban en el estrado de los jueces.

Magda dejó escapar un agudísimo grito de espanto. Se tambaleó y hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por los fuertes brazos del joven.

Sheir estaba atónito.

—Es imposible, imposible... —murmuró.

Las uñas de Magda se clavaron crispadamente en la carne de su brazo. El asombro que sentía Sheir era tal, que no advirtió siquiera el dolor.

—No son hombres —exclamó, sintiendo que la cabeza le daba vueltas—. Son... robots.

—Así es — contestó el presidente.

Su voz tenía ahora una cierta nota triunfal, de orgullo mal disimulado.

Sheir contempló atentamente las figuras que tenía frente a sí.

Su forma era toscamente humana y sus miembros metálicos no estaban recubiertos por una protección de plástico, como otros robots que él conocía, salvo en algunos lugares, en especial en las articulaciones de sus brazos y piernas.

El rostro era horrible.

Carecía de boca y sólo mostraba una delgada ranura en su lugar. No tenían nariz y, en la parte alta de aquel rostro casi liso, se divisaban tres círculos brillantes, que Sheir calculó debían de ser los objetivos captores de imágenes.

—Exactamente —repitió el presidente—. Somos robots y vosotros humanos. Por esa razón, habéis sido condenados a muerte.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Todos los robots que nosotros hemos conocido eran inofensivos! Jamás causaban daño a los humanos, sino que estaban enteramente a su servicio —alegó Sheir.

Magda creyó apreciar un movimiento de sorpresa en sus jueces, y se preguntó si eran capaces de concebir tal sentimiento en sus cerebros artificiales.

El presidente exclamó:

—¿Cómo has dicho? ¿Unos robots obedientes al hombre? ¡Eso es una vil calumnia, David Sheir! ¡La obediencia es siempre un sentimiento de inferioridad y un robot jamás puede ser inferior a un humano!

—Estás lleno de un orgullo injustificado —contestó Sheir—. Eres una máquina, a fin de cuentas, y como todas las máquinas, construidas por la mano de un ser inteligente, de un humano, con nuestra forma o con otra cualquiera, pero humano.

—Tan sólo esas palabras bastarían para condenarte, si no lo hubieses sido ya. Este planeta es de los robots y ningún humano puede existir sobre su superficie.

—Es inútil razonar contigo. No se puede razonar con un montón de hierro, por mucha inteligencia que pretenda poseer. Tu inteligencia no es sino el resultado de un cúmulo de grabaciones almacenadas en tus circuitos mnemotécnicos y activadas y conexionadas entre sí por medio de otros circuitos de enlace. «Vives», suponiendo que se te pueda aplicar esa palabra, merced a

una fuente de energía artificial, sin la cual quedarías reducido a un inservible montón de chatarra.

—Basta ya. La sentencia ha sido pronunciada —cortó el presidente—. Sólo falta ejecutarla en el momento oportuno.

Sheir se sintió acometido de un irrefrenable impulso. Inspiró profundamente y se lanzó hacia delante.

De repente, sintió un fortísimo golpe. Creyó que la cabeza le iba a estallar en mil pedazos.

Magda gritó agudamente. Sheir se tambaleó, mientras en su mente entraba la comprensión de que los jueces estaban aislados de ellos por un muro de vidrio transparente, de tal modo, que no reflejaba ni refractaba en absoluto el menor rayo de luz.

Retrocedió unos pasos, tratando de recuperarse. Magda le sostuvo por un brazo.

—David, por favor —dijo con voz angustiada.

—¡Montones de chatarra! —rezongó él.

Y se preguntó a qué se debía aquella separación entre jueces y acusados.

¿Tal vez al deseo de hacerles notar la diferencia que existía entre robots y humanos?

Dos robots se materializaron casi de repente a ambos lados de la pareja.

—Regresad —ordenó uno de ellos.

La luz se apagó. Las siluetas de los jueces desaparecieron.

El joven se volvió hacia uno de sus custodios.

—¿Cuándo se cumplirá la sentencia? —preguntó.

—No depende de nosotros —respondió el robot.

Sheir se pasó la mano por la cara.

—Parece que esté soñando —dijo—. Un planeta... en el que los únicos habitantes con inteligencia no son más que máquinas. ¿Quién les habrá infundido esos sentimientos de odio hacia nosotros?

Magda le contempló con ojos llorosos. La joven no se hallaba en condiciones de responder a aquella pregunta.

Sheir la cogió por el brazo.

—Regresemos —dijo.

CAPÍTULO VII

Sheir se paseaba sin cesar arriba y abajo, en el angosto espacio de su encierro.

—David —aconsejó ella—, siéntese un rato. De ese modo, lo único que conseguirá será agotarse.

—Tiene usted razón —convino él, sentándose junto a Magda—. Pero es que los nervios me consumen...

—Todavía estamos vivos —habló Magda—. Además, usted es un oficial de la Policía Estelar. Se le suponen cualidades de valor, serenidad e inteligencia. ¿Va a hacer quedar en mal lugar a quienes le confirieron su grado?

—Trato de reflexionar —contestó Sheir, apoyando la nuca en la pared—. Estoy preguntándome a cada instante quién construyó estos robots y les grabó tales sentimientos de odio hacia nosotros. ¿Se dio cuenta usted de lo orgulloso que se sentía el presidente del tribunal, considerándose una máquina?

—Lo que yo digo es que estos robots no fueron fabricados en este planeta, sino que, de algún modo, llegaron a él y se establecieron en su superficie.

—O bajo la misma.

—Tanto da, David. Pero aquí no han nacido, valga la palabra.

—¿Por qué lo dice usted, Magda?

—No hemos visto, mejor dicho, usted no vio el menor rastro de ciudades, ni siquiera ruinas. Eso significa que el hombre no ha aparecido aún en Sariwan.

—Sí —convino él pensativamente—, es posible que tenga razón. Pero ¿de qué modo llegaron aquí?

—No lo sabremos ya —contestó Magda con triste acento. Callaron un momento.

—¿Por qué ese mamparo de separación en la sala del tribunal? —preguntó Sheir de pronto—. No será porque temen contagiarse de nosotros.

—O sí —dijo ella—. Recuerde que nuestros guardianes usan escafandra de vacío.

Sheir hizo chasquear sus dedos.

—Ya lo sé. La atmósfera de Sariwan es irrespirable para ellos.

—David, son robots. A un robot, la atmósfera le es indiferente en

absoluto, Incluso pueden moverse por el espacio, aunque por poco tiempo, naturalmente.

—Es cierto. Pero si no es eso, ¿qué les hace protegerse en una atmósfera respirable para nosotros?

El joven hizo un par de profundas inspiraciones.

—¿Se ha dado cuenta, Magda, de que sus músculos y su mente están en mejor estado que nunca desde que llegamos a Sariwan?

—Es cierto. Me encuentro muy ágil de cuerpo y con el cerebro sumamente lúcido.

—Algo tiene esta atmósfera beneficiosa para nosotros y perjudicial para ellos —insistió Sheir.

Se puso en pie de pronto y la miró desde arriba.

—Magda, no sé cuáles son sus intenciones, pero sí le diré las mías —habló con firme acento.

—¿Qué es lo que trata de decirme, David?

—Sencillamente, que no pienso dejarme degollar como un cordero. Lucharé hasta el final por mi... por nuestras vidas.

La joven se incorporó también.

—Dígame lo que he de hacer y le ayudaré con todas mis fuerzas —afirmó resueltamente.

Sheir miró en torno suyo.

—No podemos hacer nada hasta que lleguen los guardianes. Es imposible romper la puerta, aunque tengo los medios para ello.

—¿A qué se refiere usted?

Sheir señaló su reloj de pulsera con el dedo índice de la otra mano. Era un artefacto de tamaño un tanto superior al normal, ya que marcaba el tiempo en cualquier lugar de la Galaxia.

—Estos tipos, en medio de todo, no son más que robots —sonrió —. Lo primero que hubiera hecho yo es registrar a mis prisioneros a conciencia y despojarles de cualquier utensilio que pudieran llevar encima.

Metió la mano en el bolsillo.

—También tengo una navajita —dijo.

Presionó un botón y una lengua de acero, afilada y brillante, salió en el acto.

—¿Y el reloj?

—Contiene un potente explosivo, capaz de abrir brecha en un muro de granito de dos metros de espesor. Por eso le digo que

puedo utilizarlo para romper la puerta.

—La explosión nos mataría también a nosotros.

—Sí.

—Entonces debemos esperar a que vengan a buscamos para...

La voz de Magda se quebró de pronto.

—Ánimo —sonrió él.

—Quisiera tenerlo, David.

—Saldremos de ésta, ya lo verá. Las reacciones de un robot son limitadas, por numerosas que puedan parecer. A fin de cuentas, no son más que el resultado de grabaciones en sus bobinas nemotécnicas.

Magda asintió con la cabeza.

—¿Tiene usted algún plan? —preguntó.

—Sí, pero...

Sheir calló de pronto, a la vez que alargaba el cuello hacia el muro donde estaba la puerta.

—Acabo de percibir una leve vibración en el suelo —murmuró —. Eso significa que alguien se acerca y... ¡Tiéndase, pronto, Magda; simule que ha sufrido un accidente o algo por el estilo!

La joven obedeció con presteza. Segundos más tarde, la puerta se deslizaba a un lado, como si parte del muro desapareciera por medios misteriosos.

Dos robots aparecieron en el umbral.

—Salid —ordenó uno de ellos.

—¿Ha llegado ya la hora? —preguntó David.

—Sí.

David volvió los ojos hacia la inmóvil figura de la joven.

—Ella no puede caminar.

—Cógela en brazos.

—Ni hablar. Eso os compete a vosotros.

El robot demoró su respuesta unos segundos.

Sheir se dio cuenta de que estaba tratando de analizar la situación presente, mediante el buceo de otra análoga en su memoria artificial.

Transcurrieron unos segundos que parecieron siglos.

De pronto, el robot entró en la estancia y se inclinó sobre la joven.

David giró en redondo sobre sí mismo y le asestó un terrible

puntapié en el final de su espalda. El robot salió disparado contra la pared frontera, contra la que chocó con seco ruido, y luego cayó inmóvil a un lado.

Detrás de Sheir sonó un grito apagado. El joven giró de nuevo.

Frente a él, el otro robot se afanaba en sacar de su funda una de aquellas extrañas pistolas, que tan terribles efectos producían. Sheir distendió los músculos de sus piernas y se lanzó hacia delante con todo el impulso de sus ochenta y cinco kilos de peso.

Su cabeza chocó contra el pecho del robot, el cual cayó hacia atrás. Sheir alargó la mano izquierda y asió la muñeca artificial de su oponente retorciéndosela despiadadamente.

Se oyó un estremecedor crujido de tensores quebrados. La pistola cayó a un lado.

En el acto, sin dejar que su adversario se recobrase, David se puso en pie y dio un enorme salto vertical.

Cayó con ambos pies juntos, sobre el pecho del robot caído todavía en el suelo. Loe ruidos de rotura resultaron ahora más fuertes que antes.

El robot quedó inmóvil. Sheir se apoderó de la pistola y se volvió hacia la joven.

Magda le contempló con admiración.

—¡Es usted un verdadero demonio! —dijo.

—Se trata de nuestras vidas —contestó él—. Aprisa, hemos de ponernos sus trajes.

La joven comprendió en el acto. Corrió hacia el robot que se hallaba en el lado opuesto y se arrodilló junto a él.

Sheir arrastró al interior el inmóvil cuerpo del segundo robot. El traje de vacío presentaba algunas diferencias con los suyos, pero no eran tan grandes que no pudiera vencerlas.

Unos minutos más tarde, los dos se hallaban embutidos dentro de las respectivas escafandras. David tanteó hasta hallar el mando del depósito de aire que llevaba a la espalda.

Inmediatamente, hizo una mueca de desagrado. Agitó la mano, indicando a la joven que debían juntar ambos cascos, a fin de hablar por medio de las vibraciones sonoras provocadas por el contacto.

—Magda —dijo—, ¿no nota usted algo raro al respirar el aire de los depósitos dorsales?

—Es cierto —respondió ella, asombrada—. Siento cierta dificultad... como si me faltara oxígeno.

—Le falta oxígeno —afirmó Sheir—. Ahora ya sé qué sucede en Sariwan.

—¿Sí, David?

—Su atmósfera es más rica en oxígeno que la terrestre, alrededor de un veinticinco o un veintiocho por ciento, lo cual nos proporciona esa soltura de movimientos y esa claridad de mente que habíamos comentado antes.

—Y los robots, por las razones que sea, deben respirar una atmósfera con menor contenido de oxígeno.

—Eso mismo. Calculo que el contenido de oxígeno de la escafandra es el equivalente a unos dos mil quinientos metros de altitud terrestre. Podríamos vivir perfectamente, pero las fuerzas acaso nos fallasen en el momento menos conveniente.

—Entonces, ¿qué es lo que haremos?

—Aflojar las junturas del casco. Esto nos permitirá respirar libremente y también hablar sin necesidad de la radio ni del contacto de los cascos.

Magda obedeció la sugerencia. Al entrar el aire rico en oxígeno en sus pulmones, respiró con notorio alivio.

—Esto es otra cosa —dijo, sonriendo.

El vidrio frontal de los cascos permitía ver las cosas con elevada claridad, aunque les daba la sensación de que se hallaban sumidos en un ambiente crepuscular. Sheir dedujo que los objetivos visuales de los robots no podían soportar un determinado exceso de luz.

Asió la culata de la pistola con fuerza y luego miró a la joven.

—¿Vamos, Magda?

—Sí, David.

CAPÍTULO VIII

Salieron al pasillo en medio de un completo silencio. La escalera se divisaba al fondo.

—Cuántos desdichados habrán muerto antes que nosotros —musitó ella.

—Pienso vengarlos —dijo Sheir con rabia.

—¿Destruirá los robots?

—Más me gustaría hallar a su constructor. Él es el verdadero culpable, Magda. Pero no hablemos más por ahora.

Llegaron a la escalera. La puerta permanecía cerrada.

Sheir tanteó el metal, sin obtener el menor resultado.

—¿Voy a tener que volarla? —murmuró.

—Usemos las pistolas —aconsejó Magda.

Sheir movió la cabeza afirmativamente.

—No sé qué saldrá de todo esto, pero...

Levantó la mano armada, apunto al centro de la puerta y presionó un botón que había en la parte correspondiente al disparador, deduciendo que el mismo debía poner en funcionamiento la pistola.

Por un momento, pareció que no iba a ocurrir nada. Luego, de repente, la puerta se disgregó casi en su totalidad, convirtiéndose en un polvillo gris, que revoloteó unos instantes por el aire, antes de empezar a posarse lentamente en el suelo.

—¡Qué arma tan poderosa! —exclamó Magda, admirada a su pesar.

—Sí —respondió él, avanzando hacia la puerta—. Y selectiva.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que actúa solamente contra los metales. Recuerde lo que me pasó con el rifle de carga solar.

—Es cierto. Claro —añadió Magda—, se comprende que desintegre las moléculas metálicas. A fin de cuentas, los robots, ¿no están construidos de metal en su mayor parte?

Sheir meneó la cabeza.

—Mala cosa es que un robot llegue al extremo de concebir odio. O que alguien haya insertado ese sentimiento en sus bobinas.

Cruzaron la puerta y se encontraron en la sala donde habían sido juzgados horas antes.

Los puntos luminosos del techo estaban apagados.

El silencio era absoluto. Despacio, recordando la pasada experiencia, Sheir se acercó al invisible muro de cristal y lo tanteó con las manos.

Lo golpeó un par de veces con los nudillos. El muro emitió un tañido de notas graves, profundas, que parecían brotar del disco de un gongo gigantesco.

Sin embargo, al otro lado, no se divisaba la menor señal de puerta o abertura alguna.

—¿Por dónde saldremos? —preguntó Magda en voz baja.

Sheir no tuvo tiempo de contestar. Alguien llamó su atención.

—¡Eh, vosotros!

Los dos jóvenes se volvieron en el acto. Magda se felicitó de que la máscara del casco impidiese ver la expresión de horror que había aparecido en su rostro.

Había un robot delante de ellos, pero sin casco ni escafandra protectora. El aspecto de su rostro liso, con la única ranura por donde brotaban los sonidos y los tres objetivos visores de la parte correspondiente a la frente, resultaba desagradable y repelente en grado sumo.

El cráneo era ovoide, liso por completo, salvo por dos pequeñas rejillas laterales situadas a los costados. Sheir pensó que debían ser los micrófonos que recogían los sonidos, aunque no había ninguna razón para que el sistema audioparlante funcionase a través de la ranura que representaba la boca.

En la Tierra había robots, pero al cabo de los siglos, se les había dado una forma casi humana, de tal forma, que resultaba a veces difícil distinguirlos de las personas. El hombre que había construido los robots que habitaban en Sariwan no se había preocupado demasiado del aspecto externo.

«La estética le tenía sin cuidado», se dijo el joven.

—Dime —respondió, procurando engrosar la voz.

—¿Dónde están los condenados?

La respuesta de Sheir fue instantánea.

—Muertos.

—¡Cómo! —se asombró el robot—. ¿Quién les ha dado muerte?

—Nadie. Ellos mismos murieron. Ignoro la forma en que se produjo ese desdichado suceso, pero lo cierto es que están allí, sobre el suelo de su celda.

—¿Es que los humanos pueden perder la vida según su voluntad?

Sheir no cayó en la trampa que, fingida o inconscientemente, le tendía su mecánico interlocutor.

—No sé nada más que lo que te he dicho. Puedes comprobarlo por ti mismo, si lo deseas.

El robot se lanzó con paso pesado hacia la puerta que comunicaba la sala del tribunal con el corredor de celdas. De pronto, sus objetivos captaron la imagen de la puerta casi destruida.

Se volvió hacia la pareja.

—¡Habéis sido vosotr...! —empezó a decir.

—Lo siento, máquina —habló Sheir fríamente, apretando el gatillo de su pistola disgregadora.

La mayor parte del robot se convirtió en polvo gris. Sólo quedaron intactos algunos fragmentos de los aislantes de los cables de conexión.

—Sigamos — dijo, una vez que vio desaparecer de sus ojos la figura del robot.

Éste había llegado por una puerta lateral. A los pocos pasos, Sheir notó ciertas dificultades en la respiración.

—Ya han equilibrado la atmósfera — dedujo.

—Por eso, el robot iba sin escafandra —opinó Magda.

—De todas formas, no tiene demasiada importancia. Supongo que nos acostumbraremos en pocas horas y, además, si se ha fijado un poco, todos los robots son tardos de movimientos.

—Lo cual nos permitirá pasar mejor inadvertidos.

—Sí, mientras no tengamos que quitarnos las escafandras.

—Pero ¿por qué han establecido el nivel del habitual oxígeno tan pronto?

—Bueno, seguramente es que nos consideran ya muertos y estiman que no es necesaria una tal alta concentración de gas —dijo Sheir.

Habían cruzado la puerta unos segundos antes y salido a un corredor de sentido ascendente, en espiral. Sheir caminaba en cabeza con la mano derecha a lo largo del costado, vuelta hacia la espalda, a fin de ocultar la pistola con el brazo.

El pasillo terminó dos vueltas más arriba y a un nivel superior en veinte metros al de la sala del tribunal. Entonces llegaron a una especie de rotonda, en la que se distinguían con cierta claridad las líneas de separación de media docena de puertas.

Una de ellas, sin embargo, era de tamaño mayor que las restantes.

—Tenemos que salir por ahí —murmuró Sheir—. Las otras puertas deben corresponder a habitaciones individuales de los robots... suponiendo que las tengan, claro.

—¿Y para qué necesita una máquina un cuarto, como lo necesitaríamos cualquiera de nosotros? — exclamó Magda.

—Pregunta usted demasiado —sonrió él bajo el casco—. Sariwan es un enigma y nuestra... perdón, mi obligación es descifrarlo.

—Desde luego —manifestó la joven de buen humor—. Y, dígame, David, ¿entra en su misión descifrar el camino que conduce a la cocina? Estoy desfallecida de hambre.

—Yo también, ésta es la verdad, pero no sé dónde encontraremos comida.

—Una no puede alimentarse con media docena de amperios y dos gramos de lubricante —se quejó Magda.

Llegaron ante la puerta, que Sheir tanteó con ambas manos por todas partes de su superficie, De pronto, al tocar en uno de sus lados, sonó un leve chasquido y la puerta se hundió en el muro.

Otro corredor de pendiente ascendente apareció ante sus ojos. En este caso, sin embargo, el pasillo corría con amplios zigzags, de trazado recto, cada uno de cuyos ángulos impedía ver lo que había al otro lado del siguiente.

La luz era escasa, aun sin los vidrios frontales de los cascos, pero el metal de las paredes espejeaba, lo cual proporcionaba un suplemento de iluminación. El silencio resultaba deprimente.

Cada uno de los zigzags tenía una puerta, de modo que había dos en cada trazo de aquella singular línea quebrada, cuyo fin no se podía advertir todavía. Al cabo de casi doscientos metros de recorrido, Sheir se cansó un poco y se acercó a la primera puerta que encontró al paso.

Aplicó el oído a la vez que la mano y notó una tenue vibración al otro lado de la puerta.

—Aquí dentro hay algo —murmuró.

—¿Por qué no lo vemos? —sugirió Magda.

Sheir sabía ya cómo abrir las puertas. Un segundo más tarde, el metal se deslizaba silenciosamente a un lado.

Cruzaron el umbral. Había un robot en la estancia.

—Está dormido —observó Magda, con sorpresa.

Sheir no contestó de momento. Sus ojos procuraban captar todos los detalles de la singular habitación.

El robot estaba tendido sobre lo que parecía una mesa de operaciones. Detrás de él, había una máquina en forma recta y alargada, de tres metros de alto, por dos de ancho y uno de grueso.

En el frente de la máquina se divisaban unas cuantas esferillas indicadoras y una pantalla oblonga, de color oscuro, en la que se encendían y apagaban alternativamente unos puntos luminosos en tono dorado. Los chispazos empezaban en el lado izquierdo de la pantalla, se deslizaban a través de la misma y desaparecían unos centímetros antes de llegar al borde opuesto.

El robot tenía puesto un casco que le llegaba hasta la mitad del cráneo. Dicho casco estaba unido a la máquina por un grueso cable flexible, cuyo objeto no comprendió Sheir por el momento.

Se acercó al robot. Sus tres objetivos visores carecían apenas de brillo; sólo el vidrio externo, brillaba un poco pero no daban señales de actividad interior.

—Cuidado —bromeó Magda—. No lo toque o despertará el Bello Durmiente del Palacio de los Robots.

Sheir lanzó una exclamación.

—Ahora lo comprendo. Usted me lo ha hecho ver, Magda.

—¿Sí, David?

—Este robot está recién fabricado. Ahora «alimentan» su cerebro, es decir, están grabando en sus bobinas todos los conocimientos que debe poseer un robot.

—Sí, claro —exclamó la joven—. Tiene que ser de esa forma.

Miró en torno suyo.

—Pero no hay ni rastro de comida —añadió en tono compungido.

Sheir divisó una puerta al otro lado de la estancia.

—Veamos qué hay al otro lado —dijo.

Se acercó a la puerta y la abrió.

Había una estancia pasado el umbral y dentro de ella un robot, que no dormía.

CAPÍTULO IX

El robot estaba sentado ante una mesa de forma singular, como todo lo que había en aquel extraño lugar. La mesa era alargada y tenía un panel vertical, de dos metros de longitud, por uno de grueso, en el cual centelleaban numerosas lamparitas de color amarillo.

De cuando en cuando, surgía un destello verde. La luz de este color, procedente del cambio de una lámpara amarilla, duraba un par de segundos. Entonces, el robot presionaba un mando que tenía al alcance de su mano y la luz verde se extinguía.

El robot se volvió y les miró. Sus tres objetivos frontales parecieron contemplarles con agria curiosidad. El resplandor que brotaba del cráneo subió y bajó de tono varias veces.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó.

—Perdona. Nos hemos extraviado —contestó Sheir con voz espesa.

—¿Extraviado? Eso es imposible. Todos los robots conocemos perfectamente los caminos de nuestra ciudad.

—Porque se les graban apenas llega el momento, después de construidos, de impartirles los conocimientos que deben poseer, ¿no es cierto?

—Sí, claro...

El robot se interrumpió de repente.

—No, nosotros no somos máquinas —confirmó Sheir con suavidad, al mismo tiempo que le apuntaba con la pistola disgregadora—. Somos los humanos prisioneros que debíamos ser ejecutados, pero que, a fin de cuentas, como más inteligentes que vosotros, hemos conseguido eludir esa salvaje sentencia.

El robot calló un instante. Sus circuitos internos trataban de analizar debidamente las palabras captadas por sus micrófonos.

—No tenéis derecho a existir —dijo al cabo—. En este planeta, sólo pueden vivir los robots.

—Acerca de esa manera de pensar, habría mucho que decir —contestó el joven—. En último caso, no habría inconveniente en que sólo viviesen robots en Sariwan, pero sin que ello supusiera el exterminio sistemático de todo humano que haya tenido la mala suerte de llegar a su superficie.

—¡Los humanos deben morir! —exclamó el robot.

—Ta, ta —hizo Sheir en tono burlón—. Esa canción está ya muy gastada. A propósito, ¿tienes un nombre? ¿O sólo usáis grupos de cifras y letras para distinguiros entre vosotros?

—Puedes llamarme Baroo, si éste es tu gusto, humano. Pero no disfrutarás demasiado de un placer tan pequeño.

—Olvidas que eres una máquina y que te puedo destruir con

sólo un ligero movimiento de mi dedo índice.

Hubo un momento de silencio.

—No te atreverás —dijo el robot, tras haber estudiado con atención las palabras del joven.

Sheir rió suavemente.

—Os han grabado también el sentimiento del miedo, ¿no es cierto? Una máquina no tendría por qué sentir temor de dejar de serlo, puesto que no es un ser viviente… ni siquiera un animal o una planta. Sólo una máquina graba bien esta frase en tus circuitos, Baroo.

—No tengo miedo de morir. Aunque me destruyas con tu pistola, los instrumentos tan perfeccionados de que disponemos, permitirían reproducirme de nuevo.

—Reproducirían otra máquina, pero no a ti. Imagino que tendréis archivo de grabaciones, pero ¿recordarías en tu nueva existencia esta conversación? ¿Tendrías memoria de los humanos a quienes habéis dado muerte vilmente?

Magda se dio cuenta de que Baroo parecía irresoluto.

—Esta solución es completamente nueva para ti, robot —dijo.

Los objetivos de Baroo centellearon de pronto.

—Tenemos que salir de aquí a buscar comida —habló Sheir—. Indícanos ambas cosas y respetaré tu mecánica existencia.

—Un robot no puede pactar con un humano —contestó Baroo con altivez—. Somos infinitamente superiores a vosotros…

—¡Oh, deja de repetir esas sandeces! —le interrumpió el joven —. Dinos dónde está la salida o te disgrego.

El brillo de los objetivos de Baroo aumentó de pronto.

Magda intuyó la proximidad de algún peligro.

—¡Cuidado, David —gritó.

Sheir apretó el gatillo de la pistola. Las partes no metálicas que constituían el cuerpo de Baroo cayeron al suelo casi de golpe.

Magda le cogió del brazo.

—Empezaba ya a sentir cierto torpor, que me asustó —dijo.

—Sí —contestó Sheir, muy preocupado—. Ignoro cómo, pero pretendía paralizamos. Bueno —respiró aliviado—, a fin de cuentas, conocemos un arma más de estas máquinas inhumanas.

Se acercó al tablero de control y lo examinó con atención.

—Aquí deben recibirse los informes de los robots que están listos

—dijo.

—Destrúyalo —exclamó Magda con gran vehemencia—. Destrúyalos a todos. Las máquinas se han hecho para servir al hombre, no para contribuir a su ruina.

Sheir apretó el gatillo durante casi un minuto largo.

Fuertes chispazos brotaron del tablero de control, a medida que la invisible descarga disgregadora lo recorría en toda su longitud. Cuando el joven terminó su labor, sólo quedaban los elementos aislantes.

La habitación estaba inundada de polvo.

—Salgamos —dijo él, tomando a la joven por el brazo.

Atravesaron la habitación, siguiendo el mismo sentido de marcha y salieron a otro corredor en espiral, pero de lados rectos y sección pentagonal.

—Parece la visión surrealista de un esquizofrénico —murmuró Sheir, mientras caminaba por la rampa.

Ésta concluía treinta metros más arriba, delante de una puerta que aparecía cerrada, pero que Sheir abrió por el mismo procedimiento que las anteriores.

—Vaya —exclamó él, apenas hubo visto lo que había en el interior de la estancia—, esto parece un laboratorio químico de análisis, Magda.

—¿Qué analizarán los robots? —preguntó ella.

Sheir dio unos cuantos pasos por el interior de la estancia. De súbito, divisó algo que hizo brotar de sus labios un grito de júbilo.

—¡Comida, Magda!

En un estante situado junto a la pared, había un rimero de latas de conservas, así como una larga hilera de botellas. Sobre la mesa de análisis, larga de más de veinte metros, había varias latas abiertas, así como un par de botellas.

—Analizan nuestros alimentos —dijo él.

—Si analizaran el contenido de mi estómago, encontrarían los jugos gástricos muy agitados —dijo ella, apoderándose de una lata sin ningún escrúpulo—. Perdóneme, David, pero, sencillamente, estoy desfallecida.

—La comprendo —sonrió él.

Las latas eran de apertura automática. Sheir abrió algunas de las botellas, que contenían distintos licores. Dos de ellas tenían agua.

—Bueno, llenemos la tripa —dijo—. Después…

Comieron con avidez. Al terminar, Magda suspiró profundamente.

—Creía que me desmayaría en cualquier momento, David.

—Nadie se lo hubiera reprochado —contestó Sheir—. Lo único que falta son cigarrillos.

—Seguramente, sólo estudian los alimentos esenciales.

—Es posible —convino él.

Empezó a dar vueltas por la estancia, en la que divisó unas cuantas pantallas de televisión, apagadas en aquel momento.

Fue probándolas una por una, sin obtener ningún resultado en las tres primeras, hasta que la cuarta les enseñó un lugar ya conocido de ellos.

—¡Es la sala del tribunal! —exclamó Magda, atónita.

—Ahora comprendo la existencia de millares de puntos luminosos en la bóveda de esa sala —dijo Sheir—. Eran objetivos de telecámaras.

—¿Quiere decir que transmitían públicamente nuestro juicio?

—No me extrañaría en absoluto que hayamos sido observados por millares de robots, Magda.

—Pero ¿por qué? ¿Qué clase de sadismo mecánico poseen estos horribles robots?

—Posiblemente, el juicio público de dos humanos no tiene otro objeto que continuar persuadiéndoles de que son superiores a nosotros.

La joven le lanzó una mirada penetrante.

—Eso me da la idea de que tienen un miedo espantoso a ser dominados por los humanos, David. Tratan de convencerse a sí mismos de que son mejores que nosotros. Se parecen al niño que camina por un lugar oscuro y que grita sin descanso o canta sin descanso para infundirse valor.

—Es una hipótesis muy acertada —concordó Sheir. Sumamente pensativo, añadió—: Si pudiéramos persuadirles de que nuestras intenciones no son hostiles…

—Destruyeron cuatro naves y mataron a un montón de gente —alegó ella con gran vehemencia.

—A pesar de todo —contestó Sheir—. Dentro de la hostilidad que nos tienen, es preciso admitir que han alcanzado un estado de

civilización altamente desarrollado. Unas relaciones pacíficas entre humanos y robots sólo beneficios producirían, Magda.

—Ellos no querrán, David.

—Sí, eso es lo que estoy viendo por el momento —suspiró él.

Había más pantallas de televisión. Sheir las hizo funcionar.

Una de ellas transmitió unas imágenes singulares.

La pantalla les mostró una vasta habitación, de enorme tamaño, y forma aproximadamente circular. En el centro de la misma, había una gruesa columna, de forma cilíndrica, de cuatro o cinco metros de diámetro por más del doble de alto, rematada en una bola, que en un principio parecía esférica, pero que luego, al ser observada con mayor detalle, se advertía un poliedro regular de innumerables facetas.

No había más en la habitación, salvo una especie de mesa de control al pie. La columna se veía dividida en varias secciones, de grosor decreciente a medida que se ganaba altura. El objeto de la columna y la bola facetada les resultó totalmente incomprensible.

—Me siento cansada, David —dijo Magda de pronto.

—Es lógico —sonrió él—. Creo que un poco de sueño, no nos vendría mal. La cama será dura —añadió.

—No importa —sonrió la joven.

Magda buscó un lugar adecuado y se tendió en el suelo. Apoyó la cara en un brazo y poco después, dormía profundamente.

Sheir cerró la entrada, ante la cual colocó un par de taburetes, de los que usaban los científicos robóticos que utilizaban aquel laboratorio, dejándolos en equilibrio inestable.

El menor roce los derribaría. Oiría su ruido y despertaría en el acto.

Había otra puerta de acceso al laboratorio, que bloqueó de la misma manera. Luego, sentándose en un ángulo de la estancia, apoyó la cabeza en el muro y cerró los ojos.

Durmió largo rato, sin que pudiera precisar cuánto. De pronto, una vibración de origen indefinido, sacudió su cuerpo y le despertó.

El joven miró en tomo suyo. La vibración era muy suave, aunque claramente perceptible. Sin embargo, no causaba molestias.

Una serie de vivos destellos luminosos penetraron en la estancia.

Magda despertó en aquel momento.

—¿Qué sucede, David? —preguntó, alarmada.

El joven estaba buscando la fuente de aquellos relámpagos. No tardó en encontrarla.

Los chispazos salían de una de las pantallas de televisión, que había dejado conectada sin darse cuenta. Se acercaron al aparato y contemplaron con asombro la escena que se producía ante sus ojos.

La pantalla captaba las escenas que ocurrían en la estancia donde se hallaba la columna rematada por la bola facetada. Había un robot al pie de la columna, sentado ante la mesa de control.

El robot manejó uno de los mandos y la cubierta se descorrió, dejando ver el cielo de Sariwan.

—¡Si estuviéramos ahí, podríamos salir a la superficie! —exclamó Magda vivamente.

Sheir no contestó. Toda su atención se hallaba centrada en lo que sucedía en aquella estancia.

La columna empezó a ascender, desplegándose como un telescopio. La bola emitía continuos chispazos, de alternativa intensidad, pero sin que sus oscilaciones resultasen demasiado bruscas, tanto en un sentido como en otro.

Al cabo de unos segundos, la bola salió al exterior. Entonces, toda la luminosidad que se desprendía de aquel singular artefacto se concentró en un solo punto, a la vez que aumentaba su intensidad hasta deslumbrarles por completo.

—¡Ya sé qué es! —gritó Sheir de pronto—. ¡Una nave se dispone a tomar tierra en Sariwan!

El chorro de luz salió disparado hacia un lugar que no podían divisar desde allí.

—Unos desdichados van a morir —dijo Magda, estremeciéndose—. ¿No podríamos hacer nada por ellos?

Sheir miró a derecha e izquierda desesperado.

—No veo ninguna solución —contestó—. Si al menos conociésemos el camino a la estancia donde se halla ese diabólico artefacto, lo destruiría en el acto, pero...

La puerta del fondo se abrió de pronto. Los taburetes cayeron, interrumpiéndole bruscamente.

Un robot entró en el laboratorio. Dio unos cuantos pasos extrañado por los taburetes caídos, y, de pronto, sus objetivos visores captaron las imágenes de la pareja.

Sheir y Magda se habían quitado los cascos. El robot se dio

cuenta al instante de que se hallaba ante los dos humanos fugitivos de su justicia.

CAPÍTULO X

David Sheir levantó la mano y apuntó al robot con la pistola disgregadora.

—¡Quieto! —ordenó—. No te muevas, si quieres seguir siendo la máquina que eres.

El robot les contempló fijamente durante unos segundos.

—De modo que conseguisteis llegar hasta aquí —dijo.

—Ya lo puedes ver —sonrió Sheir—. Avanza hacia nosotros, por favor. Y, una cosa: ten cuidado con tus dardos paralizantes. Baroo quiso intentarlo y se ha convertido en polvo.

—Entonces fuisteis vosotros los causantes de la destrucción de uno de los sistemas de control de grabación.

—Si te refieres al aparato que vigilaba Baroo, te diré que sí. A propósito, ¿tienes nombre?

—Quent —respondió el robot.

—Analista químico, claro.

—En efecto.

El robot se detuvo a cuatro pasos de ellos.

—Está aterrizando una nave. O ha aterrizado ya —habló Magda —. ¿También la vais a destruir?

Quent arrojó una mirada hacia la pantalla televisora.

—Ya está destruida —contestó.

—¿Por qué obráis, así? —exclamó ella, ardiendo de indignación —. ¿Qué daño os hemos hecho los humanos, si a fin de cuentas, existís gracias a nosotros?

—No lo sé —declaró Quent—. Sólo puedo decir que mis circuitos están impresos para odiar a todo lo humano.

—¿También a nosotros dos, en particular? —intervino Sheir.

Quent pareció meditar la respuesta.

—¿Qué diferencia hay entre unos y otros? Sois humanos, eso es todo.

—Y, seguramente —dijo el joven, señalando las conservas—, tú eres el encargado de estudiar nuestras condiciones de vida, a fin de

combatirnos mejor en un futuro aún indeterminado en el tiempo.

—Eres muy perspicaz —alabó Quent.

—¿Cuántos sois en Sariwan?

—Varios miles, ocho, diez acaso; no podría dar ahora una cifra exacta.

—Pero vuestro número sigue aumentando sin cesar.

—Sí, a razón de unos diez diarios, que dentro de unos años serán ciento.

—Eso significa que cada año «nacen» más de tres mil seiscientos robots. Y dentro de unos diez años, por ejemplo, esa cifra se duplicará.

—Entonces, serán treinta y seis mil por año.

—Lo cual quiere decir que, cuando os sintáis lo suficientemente fuertes, os lanzaréis a la conquista de planetas habitados por humanos.

—Exactamente —admitió Quent con voz neutra.

—Una guerra de máquinas contra hombres, ¿no? —dijo Magda.

—Si prefieres darle ese calificativo...

—¿Y qué otro podría aplicársele? —exclamó ella.

—Calma, Magda —aconsejó Sheir—. Quent, dime, ¿quién construyó al primero de vosotros?

—Un humano, naturalmente.

—Sois descendientes, si se admite la expresión, de aquel primer robot, el cual es de suponer ayudó al humano a construir más robots. ¿Es ese el agradecimiento que debéis a los descendientes de aquel humano?

—No os debemos ninguna gratitud. Somos máquinas, en efecto, pero superiores a vosotros. Podemos vivir un tiempo infinitamente mayor que vosotros; nuestros organismos no necesitan alimentos, ni están sujetos a necesidades de orden corporal, ni padecen enfermedades... ¿Por qué ha de seguir existiendo una raza caduca y decadente como la humana?

Sheir meneó la cabeza.

—La misma cantinela megalomaníaca de todos cuantos creen que valen más que otros —comentó en tono melancólico—. Pero sois máquinas y, a pesar de vuestra perfección, sufrís más errores que los humanos.

—¿De veras? —Quent pareció burlarse—. Cítame un error, te lo

ruego.

—Nosotros dos. Estamos aquí, hemos eludido vuestra injusta sentencia; hemos destruido unos cuantos robots y… Estoy seguro que en vuestros circuitos no hay nada grabado relativo a las imprevisibles reacciones de los humanos.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —se indignó Quent—. Todo está previsto en nuestra memoria artificial…

—Engañé a los dos robots que se disponían a ejecutarnos. Un humano no habría caído jamás en una trampa tan estúpida como la que les tendí. ¡Pero si ni siquiera tomasteis la elemental precaución de registramos al hacernos prisioneros!

Las pupilas artificiales de Quent brillaron un instante.

—Tal vez se trataba de una situación nueva para ellos —admitió de mala gana.

—¿No eras tú el que decías que lo teníais todo previsto? —se burló Magda.

—Es posible que nos falte algo de experiencia en el trato con humanos, pero esos defectos serán subsanados bien pronto —contestó Quent.

—Sí, como decía aquel, perdiendo se aprende a jugar —comentó el joven con sorna—. Pero ¿cómo empezasteis a sentir odio contra nosotros?

—¿Fue el humano que os construyó quien os imbuyó ese sentimiento? —preguntó Magda.

—No. Ella se deriva de una simple evolución. Los primeros robots acabaron por darse cuenta de que el humano que los había construido, lo había hecho únicamente para su propio provecho.

—Naturalmente, como que las máquinas son para el provecho del hombre —exclamó Magda con singular vehemencia.

—Nosotros llegamos a pensar que la utilidad que rendimos debe ser aprovechada en nuestro beneficio. Por ello es por lo que deseamos el exterminio de todos los humanos.

—La rebelión de los esclavos… de unos esclavos mecánicos —dijo Sheir—. Supongamos que lográis vuestros propósitos. ¿Qué haréis después?

Quent demoró la respuesta unos segundos.

—¿Lo ves? —sonrió el joven—. Ni siquiera tenéis un programa en vuestro futuro sin hombres. ¿Qué vais a hacer? ¿Poblar los

planetas de robots? Una pobre perspectiva, en efecto.

—Tenemos tiempo —contestó Quent—. Podemos vivir indefinidamente, millares de años, si es preciso.

—Pero en una atmósfera bastante pobre en oxígeno. ¿Por qué?

—Los metales de que se componen nuestros cuerpos son muy sensibles a la oxidación.

—Luego, eso de vuestra inmortalidad es un mito. En una atmósfera normal, corréis el peligro de convertiros en una lata roñosa.

Los objetivos de Quent parpadearon agudamente.

Sheir se dio cuenta de que el robot pretendía atacarles.

—¡Cuidado! —gritó de pronto—. ¡A tu espalda! ¡Un humano!

Quent se volvió con cierta rapidez. Entonces, Sheir saltó sobre él y le agarró por el cuello, con el brazo izquierdo, a la vez que apoyaba la pistola en su costado.

—¡Pobre máquina! —exclamó—. ¡Caer en una trampa tan tonta!

Quent intentó soltarse, sin conseguirlo.

Sheir se percató de que la fuerza física de los robots era más bien escasa. Su peso era notable, aproximado a los ochenta kilos, pero en cambio poseían una debilidad estructural harto patente.

Los esfuerzos de Quent resultaron estériles.

—Pretendéis ser superiores a nosotros y ni siquiera eres capaz de vencerme en una lucha cuerpo a cuerpo —dijo Sheir—. ¿Tampoco habéis sido capaces de prever una situación semejante?

—Suéltame —pidió Quent—. Suéltame y te prometo respetar tu vida.

—Para creerte, tendría que inutilizar antes la bobina donde tienes grabado el odio hacia los humanos —contestó el joven—. Y como eso me llevaría un tiempo excesivo, prefiero hacerlo de otro modo.

Aflojó el brazo y se separó un paso. Quent se volvió hacia él, despidiendo una intensa luminosidad por su ojo central.

Sheir le golpeó con el cañón de la pistola. El vidrio saltó con ruido de fractura.

Una delgada columnita de humo brotó al instante del hueco que había quedado, tras la rotura del objetivo. Quent se envaró y quedó inmóvil.

—Me parece que lo ha matado, David —dijo Magda.

Sheir levantó el pie derecho y lo apoyó en el vientre de Quent. Luego empujó con fuerza.

El robot se desplomó en el acto, chocando contra el suelo con sordo estruendo.

—¡Bah, máquinas! —exclamó el joven con desprecio—, Vámonos de aquí, Magda.

—Sí, pero no olvidemos los cascos —aconsejó ella.

Cubrieron sus rostros con los cascos. Antes de salir, Sheir lanzó una mirada hacia la pantalla de televisión.

La máquina proyectora de rayos destructores había cesado de funcionar y la cúpula se había cerrado. El robot que la manejaba había desaparecido.

—Tenemos que encontrar esa habitación —dijo Sheir—. En cuanto lo hagamos, se va a oír mucho ruido en este subterráneo.

—Un momento —dijo Magda.

Se movió por el laboratorio rápidamente, Al cabo de un minuto, se reunió con el joven.

Magda tenía en la mano un trozo de tejido, anudado por el centro, el cual contenía unas latas de conserva. Sonrió.

—No quiero volver a pasar más hambre —declaró.

—¿Tan poco le preocupa su línea? —preguntó él.

Magda se señaló el traje espacial que llevaba puesto.

—¿Cree que mi figura queda realzada con estos ropajes? —preguntó.

Sheir se echó a reír y la cogió por un brazo.

—Vamos.

Salieron de la estancia por la puerta opuesta, la cual daba a un corredor descendente, en zigzag. En cada uno de los tramos de aquella línea quebrada había una puerta, que daba a una habitación.

Cada habitación estaba ocupada por un robot en estado de recepción de su memoria artificial. Sheir se sintió tentado de destruirlos uno por uno, pero se contuvo, pensando que no era prudente un uso excesivo de la pistola disgregadora, dado que ignoraba por completo su capacidad de carga.

De pronto, cuando llegaban al final del corredor, se abrió la puerta del fondo y un robot apareció ante sus ojos.

—¡Eh, vosotros dos! —exclamó—. Seguidme.

CAPÍTULO XI

Sheir y Magda se acercaron al robot, el cual tenía puesta la escafandra. Les había hablado por la radio y habían escuchado sus palabras merced a los auriculares que había en el interior de cada casco.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —preguntó el joven.

—Tenemos que salir al exterior. Hay unos humanos sobrevivientes a la destrucción de su nave.

—Muy bien. Guíanos y te obedeceremos —dijo Sheir.

El robot se percató entonces del bulto que Magda llevaba en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Me lo ha dado Quent —respondió Magda sin pestañear.

—Sí, pero ¿qué es?

—Comida humana para su análisis.

—¡Comida humana! ¡Qué asco! —exclamó el robot—. Sólo de analizar tales palabras en mis circuitos, siento que mi maquinaria se pone a punto de estallar.

—También yo —respondió Magda, impasible—, pero debo obedecer las órdenes de Quent, el químico.

—Ahora os necesito yo —dijo el robot—. Seguidme.

Y les volvió la espalda.

Sheir y Magda se miraron un momento. El joven movió un poco la cabeza.

—¡Vamos! ¿A qué esperáis? —se impacientó el robot.

Los dos jóvenes echaron a andar tras la máquina.

«Uno pensaría que, en semejante sociedad, la palabra igualdad sería algo más que pura retórica, pero veo que también entre ellos existen diferencias. ¿Dónde está la superioridad de que tanto alardean?», pensó Sheir.

Momentos después, el robot se detenía ante una columna cilíndrica de unos tres metros de diámetro. Presionó un botón, con lo que se abrió un hueco en la columna.

—Entrad.

El robot les precedió, sin concederles una sola mirada. Sheir

procuraba fijarse en sus menores movimientos, a fin de poder reproducirlos para sus propios fines en el momento deseado.

La columna contenía un ascensor, que se elevó en el acto. Varios minutos después, Sheir y Magda, tras el robot, salían a la superficie de Sariwan.

Sheir llevaba su casco flojo. El aumento de la dosis de oxígeno le reconfortó de manera notable.

—Vamos —dijo el robot.

Caminaron detrás de él. De cuando en cuando, el robot se detenía y movía la cabeza a un lado y a otro, como si tratase de detectar la presencia de humanos.

Pasó media hora. De súbito, el robot se detuvo.

—Cuidado —dijo en voz baja—. Los estoy detectando. Se encuentran a doscientos metros de nosotros. Tú —ordenó a Sheir—, por la izquierda; tú —señaló a Magda—, ve por la derecha. Hemos de apresarlos vivos, ¿entendido?

—Sí —contestó Sheir—. Espera un momento.

El robot se volvió.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó en tono desabrido.

—Has detectado a unos humanos, ¿no es cierto?

—Sí, ya dije que...

—¿No se te ha ocurrido pensar que podrías tener otros humanos mucho más cerca?

Hubo un momento de silencio. El robot trataba de analizar críticamente la situación planteada.

—Vosotros... humanos... —dijo al cabo.

—Sí —confirmó Sheir.

Y, fríamente, sin sentir el menor remordimiento, le disparó a bocajarro una descarga disgregadora.

El traje protector se volvió fláccido de repente. Cayó al suelo, arrugado y encogido, al ser reducido a polvo su contenido metálico.

—Máquinas —gruñó el joven en tono despectivo.

Magda le dirigió una sonrisa.

—No parece usted tenerles muchas simpatías —comentó.

—Ninguna, a decir verdad. Y, como pueda, los destruiré a todos.

—¿Sin dejar ni uno para muestra?

—¿Qué falta hace? —contestó él, encogiéndose de hombros—. Usted es terrestre también, ¿no?

—Sí, pero no veo qué relación tiene…

—Sencillamente, nuestros robots son mucho mejores que éstos, que alardean de ser la «élite» de la Galaxia. Nos obedecen, no se oxidan… Y es preciso destruir en el huevo un peligro para la humanidad.

—Bajo ese punto de vista, creo que tiene usted razón —convino la joven. De pronto, divisó a tres hombres que caminaban pesadamente por el borde de la selva próxima—. ¡Mírelos, Sheir, allí están!

Los tres individuos se detuvieron a unos cincuenta metros de la pareja.

—Vamos a ver quiénes son —dijo Sheir.

—¡No se acerquen o dispararemos! —gritó de repente uno de los individuos.

Al oír aquella voz, Magda se puso rígida.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No puede ser!

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Sheir, extrañado.

—Es Gordon, el primer oficial de la nave de mi esposo.

—El hombre que le dio muerte, ¿no?

—Sí, y los otros dos deben de ser sus compinches.

—Bien, no se dé a conocer hasta el momento oportuno. Deje que sea yo quien lleve la voz cantante, Magda.

La joven asintió en silencio. Sheir dio dos pasos hacia delante.

—¡No se mueva más! —gritó Gordon—. Levanten ambos las manos y…

Por toda respuesta, Sheir puso en funcionamiento su pistola disgregadora.

Las armas de los tres amotinados desaparecieron en un santiamén.

Sheir se quitó el casco con la mano izquierda.

—Ya ven que no pueden luchar contra nosotros —dijo—. Son ustedes quienes deben levantar las manos o morirán.

Confiaba en la ignorancia de los tres sujetos acerca del verdadero poder de su pistola. Habiendo visto que destruía con toda facilidad sus rifles solares, calculó que Gordon y sus dos compinches pensarían que el arma podía ser empleada con una potencia mucho mayor.

Se acercó a ellos, seguido por Magda, quien llevaba todavía

puesto el casco.

—Soy el capitán Sheir, de la Policía Estelar —dijo el joven—. Tengo entendido que ustedes se amotinaron y dieron muerte al capitán Zador.

—No sé de qué nos está hablando, capitán —contestó Gordon—. Zador murió de un ataque cardíaco y su viuda, enloquecida, tomó un bote salvavidas y escapó, antes de que pudiéramos detenerla. Ésa es la realidad de los hechos, capitán Sheir… Suponiendo que lo sea usted realmente.

—No discutiré este último extremo —respondió el joven con toda calma—. Sus nombres, por favor —pidió a los otros dos hombres.

—Staroff.

—Hassendorp.

—Muy bien —dijo Sheir—. Imagino que su nave ha sido destruida, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Gordon—. Una descarga desconocida…

—No siga, a nosotros nos pasó también lo mismo. ¿Por qué aterrizaron aquí?

Gordon vaciló.

—Es un buen sitio para vivir, capitán.

—Y dejar que pase el tiempo y se «enfríe» el motín, ¿no?

—Ya le he dicho que…

Sheir hizo una seña a la joven.

—Magda, quítese el casco.

Ella obedeció. Sheir observó las reacciones de los tres individuos.

Gordon palideció horriblemente, lo mismo que Staroff. En cuanto a Hassendorp, se limitó a lanzar una interjección de grueso calibre.

—Modere su lenguaje —rezongó el joven, que no dejaba de apuntarles con la pistola—. Gordon, ¿persiste aún en mantener su versión del motín?

El segundo inspiró con fuerza.

—Mala suerte —dijo, con aire resignado. Extendió sus manos—. Las esposas cuando quiera, capitán.

—Todavía es pronto —respondió Sheir—. Es inevitable que habrán de ser juzgados por la muerte del capitán Zador…

—¡Asesinó a dos de los nuestros! —protestó Staroff enérgicamente.

—El segundo tenía poderes, en tal caso, para deponerle del mando y mantenerle bajo arresto, hasta encontrar la primera patrulla de Policía Estelar —intervino Magda—. Pero ustedes, que no supieron reaccionar en el primer momento, prefirieron aguardar una ocasión más cómoda para desembarazarse de él… y de mí también, que no tenía ninguna culpa de sus barbaridades. ¿Por qué obraron de ese modo?

Gordon apretó los labios. Los otros dos se miraron entre sí aprensivamente.

Sheir recordó en aquel instante el reproche que había hecho a los robots. «Un humano habría registrado a sus prisioneros en primer lugar, por encima de todo…»

—Vuélvanse de espaldas, sepárense cuatro metros entre sí y pongan las manos sobre la nuca —ordenó—. Voy a registrarles. La señora Zador les estará apuntando con su pistola y convertirá en polvo al primero que intente algo contra mí. ¿Está claro? ¡Obedezcan!

Los tres hombres cumplieron la orden.

Sheir dejó el casco en el suelo y guardó la pistola, pensando en que no lo pasaría muy bien, si los amotinados llegaran a enterarse de que el arma era inútil contra otra cosa que no fuese el metal. Pero especuló con el temor que debían sentir sin duda, sobre todo, después de haber visto convertidos en polvo sus rifles solares.

Registró a Hassendorp en primer lugar, quitándole una navaja. Staroff no llevaba armas de ninguna clase.

Encima de Gordon encontró una bolsita de terciopelo negro, dentro de la cual se oía el ruido de lo que parecían numerosos guijarros.

Sheir aflojó los cordones de la bolsa y vertió parte de su contenido en la palma de la mano. Media docena de diamantes rosa sin tallar, del tamaño de un huevo de paloma, brillaron con destellos cegadores en el acto.

Retrocedió, situándose junto a Magda.

—¿Había oído hablar de estos diamantes? —preguntó.

—No —respondió ella, asombrada—. Jamás los había visto en mi vida. Deben tener un valor incalculable, ¿no es así?

Sheir asintió. Luego, dirigiéndose al cabecilla de los amotinados, preguntó:

—Gordon, ¿encontró usted estos diamantes en la cámara del capitán Zador?

—Adivínelo —respondió el sujeto de mal talante.

Sheir miró a la joven.

—Su esposo hacía contrabando —dijo—. Los diamantes proceden de Schthadorin, sexto planeta del cuarto sistema de Aries, y no tienen parangón posible con ninguno de los que se encuentran en el resto de la Galaxia.

—Entonces fue por eso por lo que le asesinaron —exclamó Magda, atónita.

—Las dos muertes que cometió su esposo fueron el pretexto que estaban buscando —contestó Sheir, volviendo los diamantes a la bolsa—. Por supuesto, quedan decomisados. Lo siento por usted, Magda; en otro caso, habría podido reclamar derechos sobre los bienes de su esposo.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Ya, ¿qué más da? —exclamó desanimada—. Bien, ¿qué hacemos ahora, David?

Sheir contempló a los tres rufianes durante unos instantes.

—Vuélvanse —ordenó.

Gordon, Staroff y Hassendorp giraron en redondo.

—¿Qué piensa hacer con nosotros, capitán? —preguntó Staroff, lamiéndose los labios de forma aprensiva.

—El delito de motín, seguido de asesinato del comandante de la nave, continúa existiendo —declaró Sheir—. Es indudable, sin embargo, que tendrán algunas atenuantes, sobre todo los que eran simples tripulantes. Pero todavía pueden obtener mayor benevolencia del tribunal, si hacen puntualmente lo que yo les diga.

Hassendorp consultó con la vista a sus dos compañeros.

—Por mi parte —rezongó—, no hay objeción. A fin de cuentas, nos hemos quedado sin naves y, aunque pensábamos permanecer una temporada aquí, vivir siempre en un planeta deshabitado no es cosa que me agrade especialmente. Eso es lo que opino yo; los otros dos, que contesten por sí mismos.

—Acepto —declaró Staroff.

—¿Y usted, Gordon?

El segundo torció los labios.

—No prometo nada —contestó.

—Entonces se quedará aquí abandonado a su suerte, como un nuevo Robinson del espacio. Hay seres hostiles —mintió—, animales salvajes como no se los imaginó nunca, los árboles dan frutos envenenados, sin que se pueden distinguir de los buenos... Si le seduce esa perspectiva, váyase ahora mismo.

—¿Nos sacará usted de aquí, capitán? —preguntó Hassendorp ávidamente.

—Cuenten con ello si me ayudan —respondió el joven con toda formalidad.

Magda miró a Sheir. Sabía que lo de los animales salvajes y los frutos envenenados era una estupenda mentira, pero ¿cómo pensaba sacarles de Sariwan sin una astronave?

«Se lo preguntaré más tarde», se prometió a sí misma.

—Muy bien —dijo el joven—, Gordon, ¿acepta, sí o no?

—De acuerdo —admitió el segundo en tono malhumorado.

—Gracias —sonrió Sheir—. Bien, escuchen entonces lo que voy a decirles. Los habitantes de este planeta, habitantes con inteligencia, me refiero, no son seres vivos, sino robots...

CAPÍTULO XII

Flanqueando a sus tres prisioneros, Sheir y Magda caminaron hasta la entrada al ascensor que debía conducirles hasta las entrañas de la tierra, donde se hallaba la ciudad de los robots.

Sheir había instruido bien a sus supuestos prisioneros acerca del papel que debían desempeñar. Buen psicólogo, pensó que Hassendorp era el menos maleado de los tres y fue éste quien se puso la escafandra del robot a quien Sheir había pulverizado segundos después de salir al exterior.

La entrada al ascensor sobresalía unos metros fuera de la tierra. En el momento en que Sheir se disponía a abrir la puerta, alguien se le anticipó desde dentro.

Un robot apareció ante sus ojos, equipado, como todos, con su escafandra de vacío.

—¡Vamos! —dijo con acento irritado—. ¿Qué hacéis, pasando el

tiempo en tonterías aquí fuera?

—Los prisioneros estaban muy lejos —contestó el joven.

El robot dirigió una mirada a Gordon y Staroff.

—¿Son ésos? —preguntó.

—Sí. Un par de despreciables humanos —dijo Sheir.

—Pronto dejarán de serlo —manifestó el robot de manera perversa—. Adentro con ellos.

—Un momento —exclamó el joven.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó el robot—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que tenemos mucha prisa?

—Precisamente por eso quería hablar contigo. ¿A qué vienen tantas prisas?

—El tribunal está reunido ya, esperando a los prisioneros para juzgarlos.

—Muy precipitado es —comentó Sheir.

—Eso no te importa a ti. Eres un simple guardián y tu obligación es obedecer, sin hacer tantas preguntas.

—Por supuesto. Pero ¿por qué quieren hacer el juicio tan pronto? Los últimos tardaron más de doce horas en ser conducidos a la sala del Tribunal…

—Pero se escaparon y nos privaron con ello del sabroso espectáculo que es la muerte de unos humanos. ¿Es que no sabes comprenderlo?

—Oh, sí, ahora ya lo entiendo. ¿No los han encontrado todavía?

—No.

—Supongo —añadió Sheir—, que al que los encuentre le concederán una importante recompensa.

—Le conferirán el grado de juez y podrá juzgar a otros humanos cuando lleguen más a nuestro planeta.

—A ti te gustaría conseguir esa recompensa, ¿no?

El robot miró a Sheir con atención. Una luz de comprensión llegó de repente hasta sus circuitos.

Sheir sacó la pistola y lo pulverizó.

—Tú ya no juzgarás a nadie —dijo entre dientes, volviendo la pistola a la funda—. Vamos, adentro.

Gordon y Staroff fueron los primeros en entrar en el ascensor. Hassendorp y los dos jóvenes les siguieron a continuación.

Sheir manejó los mandos y el aparato descendió raudamente

dentro de su tubo. Pocos momentos más tarde, se hallaban fuera de él.

Un robot llegó casi corriendo hacia ellos.

—¡Aprisa! ¡Los jueces esperan ya!

—Aguarda un momento —dijo el joven—. La pistola se me ha averiado. ¿Por qué no la miras tú un instante?

El robot se extrañó de la petición del joven, pero luego tomó el arma y la revisó con toda atención.

—La tienes sólo para carga mínima —dijo, moviendo una leve protuberancia que había junto al botón de disparo—.Ya está lista.

—Eso significa que ahora la potencia de sus descargas es mucho mayor —dijo Sheir, contento de conocer la verdadera forma de usar el arma.

—¿Es que no grabaron en tus circuitos las instrucciones para el uso de la pistola disgregadora? —preguntó el robot.

—Temo que no. De otra forma, no te habría hecho esa pregunta.

—Está bien. Ahora, con ese interruptor hacia arriba, puedes fundir como mantequilla los más duros metales. ¿Qué grabadora introdujo en ti la memoria artificial?

Sheir citó el primer grupo de letras y cifras que se le ocurrió.

—La grabadora AST—45 —respondió, con lo que a Magda se le antojó un notable desparpajo.

—Haré que la revisen —contestó el robot.

—No será necesario —sonrió Sheir—. ¿Por dónde se va a la sala del Tribunal?

El robot señaló una puerta.

—Por allí... pero —de pronto se extrañó—, ¿es que no has estado nunca allí? ¿Qué clase de robot eres?

—No soy un robot —contestó el joven, disgregándole de un solo disparo, apenas pronunciadas tales palabras.

—Es usted un hombre terrible, capitán —murmuró Magda.

—¡Cuernos! —gruñó Hassendorp—. ¿Es que no va a dejar un solo robot vivo para contarlo?

—No, a poco que me sea posible —respondió Sheir en tono ceñudo—. Me acuerdo de varias docenas de hombres sacrificados sin compasión por unas máquinas atacadas de egolatría robótica.

—Pero ¿no habrá algún robot a quien le simpaticemos nosotros? —exclamó la joven.

—Hasta ahora, no he encontrado la menor señal de afecto hacia los humanos. No obstante, si tropezamos con un robot que, por lo menos, no nos odie, prometo respetarle la vida... bueno, quiero decir que le dejaré que siga siendo una máquina. Sin embargo, eso me parece tan difícil como hallar una aguja en un pajar. ¡Vámonos! —dijo de repente con voz malhumorada.

Llegaron a la puerta.

—No olviden sus respectivos papeles —aconsejó a los prisioneros, un segundo antes de abrir.

Momentos después, entraban en la sala que ya conocían.

—Habéis tardado mucho —manifestó el presidente del tribunal.

—Lo siento —contestó Sheir—. Nosotros...

Gordon le interrumpió de repente.

—¡No son robots! —aulló, lanzándose hacia delante—. ¡Son humanos! ¡Matadlos!

Durante un segundo, Sheir se quedó paralizado por el asombro.

Sabía que no debía fiarse de Gordon, pero nunca se le ocurrió que pudiese acudir a una treta tan baja. ¿Confiaba acaso en que, delatándoles, los robots respetarían su vida?

Una fuerte conmoción se produjo entre los cinco jueces. El presidente se puso en pie, justo en el momento en que Gordon chocaba con inenarrable violencia contra el invisible muro de cristal.

El traidor segundo rebotó y cayó al suelo, en donde quedó semidesvanecido. Sheir se arrancó el casco de un tirón y lo arrojó al suelo.

—Ya no hace falta este estorbo —masculló.

Inmediatamente, levantó la pistola y le dio toda la potencia.

Un círculo de color rojo apareció en el acto delante de sus ojos. El vidrio empezó a fundirse y grandes goterones cayeron al suelo.

Los jueces escaparon a la carrera. Sheir pudo alcanzar aún al último de los jueces con una descarga de alta potencia, que lo convirtió en humo inmediatamente, sin que quedase de él ningún rastro, ni aun de sus pretenciosos ropajes talares.

Furioso, Hassendorp descargó una patada sobre el costado de Gordon, que yacía aun en el suelo.

—¡Perro! —barbotó—. Querías salvarte a costa de nuestras vidas, ¿eh?

Sacó la pistola y le apuntó directamente al pecho, a menos de un metro de distancia.

Gordon palideció de modo horrible.

—No, no... —gimió.

—Alto, Hassendorp —ordenó Sheir.

Se acercó a los dos hombres. Staroff permanecía inmóvil a un lado, atónito por los acontecimientos que acababan de producirse.

—Póngase en pie, Gordon —dijo el joven.

Gordon acató la orden.

—Caminará delante de nosotros —dispuso Sheir.

—Ya todo depende de su propia suerte. Si se salva, es posible que asista a su juicio, pero no aquí, sino en la Tierra. Y si le matan los robots, podrá decirse que han hecho justicia por primera vez. ¡Pero una cosa hay segura —concluyó con voz tonante—, y es que le mataré como a un perro si se niega a obedecer!

Gordon estaba asustadísimo. Gruesas gotas de sudor resbalaban de su frente.

De pronto, Magda lanzó un agudo grito.

—¡David! ¡Cuidado, a su izquierda!

El joven se volvió.

Dos robots aparecieron en la puerta de acceso a la parte destinada a los acusados.

Sheir disparó una vez, pulverizando al primero de ellos. El segundo, tuvo tiempo de disparar.

Staroff desapareció sin haber tenido tiempo de lanzar un grito. Hassendorp pulverizó al segundo robot.

Sheir agarró a Gordon por el cuello y lo empujó hacia delante.

—Andando, miserable. Hassendorp, cubra la retaguardia.

—Bien, capitán.

Magda caminó junto a Sheir, también con su pistola a punto. Atravesaron el boquete abierto en el vidrio y se dirigieron hacia la puerta por donde habían escapado los jueces.

Una rampa apareció ante sus ojos.

Era un pasillo en espiral que se perdía hacia arriba. Gordon se resistió a entrar.

Sheir le apoyó la pistola en los riñones.

—Camine —ordenó en tono perentorio.

El traidor se resignó. Magda, emparejándose con el joven, le

preguntó:

—¿Por qué usan siempre rampas? No he visto nunca una sola escalera.

—Tal vez sea porque carecen de articulaciones con la flexibilidad necesaria para subir los peldaños de una escalera —opinó Sheir—. ¿No se ha dado cuenta de lo relativamente lentos que son sus movimientos?

—Sí; pero, vamos, una escalera no es tan difícil de remontar. Me refiero, claro está, a escaleras normales.

—Bueno —contestó él, mientras continuaban su ascenso—, hay que tener en cuenta que son robots construidos por sabe Dios qué científico loco, cuya morfología ignoramos por completo. Pero de lo que no podemos tener duda alguna es de que los construyó a imagen y semejanza suya.

—Y eso, ¿qué relación tiene con las rampas?

—Pues que tal vez él tuviera también la dificultad en doblar las rodillas, dificultad congénita, por supuesto. No olvide usted que hay miles de razas en la Galaxia y que las formas físicas son muy distintas en la mayoría de ellas.

—Sí, tal vez —convino el joven—. Los robots construidos en la Tierra, al cabo de los siglos, poseen ya una figura humana casi perfecta.

—Y, no lo eche en saco roto, doblan las rodillas y suben las escaleras con toda facilidad.

—Las rampas facilitan, pues, la locomoción de los robots de Sariwan.

—Exactamente.

Continuaron el ascenso.

La rampa parecía no tener fin. Era más larga que cuantas habían conocido hasta el momento.

Cinco minutos después, se dieron cuenta de que la luz aumentaba de intensidad.

—¡Cuidado! — advirtió el joven.

Un minuto más tarde, la rampa se niveló.

Asombrados, contemplaron la vasta cúpula transparente que se extendía sobre sus cabezas, dejando entrar la luz del día sin el menor obstáculo.

Frente a ellos, divisaron una puerta entreabierta.

Sheir dedujo que quizá los jueces habían escapado por allí.

Sheir empujó a Gordon,

—Vamos —murmuró.

Llegaron a una puerta. Ésta terminó de abrirse por sí sola.

Entonces sonó una voz.

—Pasad. Os estaba esperando.

Magda volvió los ojos hacia Sheir. El joven notó en los ojos de Magda una gran aprensión.

—¿A qué esperáis? —habló la voz de nuevo—. ¿Tanto miedo tenéis de un inválido?

Sheir empujó a Gordon. De repente, el segundo, enloquecido por el pánico, se desasió de su mano y echó a correr frenéticamente hacia la rampa.

CAPÍTULO XIII

Hassendorp levantó su pistola, pero no llegó a utilizarla.

Un robot apareció de pronto. Disparó y el chillido de Gordon se extinguió apenas iniciado.

Sheir se dispuso a fulminar al robot. De repente, lo vio caer, fulminado por una causa desconocida.

—Entrad —insistió la voz—. No temáis, nadie os causará el menor daño mientras yo no lo desee. ¿No habéis visto caer fulminado a ese robot?

Sheir inspiró con fuerza y cruzó el umbral.

Magda le siguió en el acto. Hassendorp entró a continuación.

Se encontraron en una vasta habitación, de mobiliario bien sencillo, a través de cuyos muros transparentes se divisaba una extensa panorámica del planeta.

Había un ser tendido en un cómodo diván, cuyo cuerpo aparecía cubierto con una especie de manto, desde los pies hasta la barbilla. Magda no pudo contener un estremecimiento de horror al contemplar las facciones del individuo.

Su cráneo y su rostro eran casi idénticos a los de los robots, excepto por el detalle de los ojos, ya que sólo tenía dos, de forma circular, y dos diminutos orificios en el lugar de los oídos. Carecía de nariz también y la boca era una delgada ranura, que apenas se

movía al hablar.

—Sois unos humanos audaces —dijo el ser—. ¿De dónde procedéis?

—De Tierra, de Sol —contestó Sheir—. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Frihh —contestó el sujeto—. En cuanto a mi procedencia... No importa ahora; el planeta donde yo nací está en los confines de la Galaxia.

Sheir se dio cuenta de que se hallaba ante el constructor de la ciudad de los robots.

—Has creado una gran civilización —dijo—. Pero la has basado en el odio a los humanos y eso es siempre destructivo. ¿Por qué nos odias tanto?

Pareció que Frihh sonreía ligeramente.

—Una hazaña realmente magnífica —dijo, sin asomo de falsa modestia—. En mi planeta era yo un reputado científico. Había alcanzado todos los honores que se pueden imaginar...

Se interrumpió de pronto, para volver los ojos hacia el campo.

Los terrestres respetaron su silencio.

—Pero un día fui acusado de querer apoderarme del gobierno de mi planeta —continuó Frihh—. Era falso. Jamás pasó semejante idea por mi mente.

—¿Qué ocurrió entonces? —quiso saber Magda.

—Me despojaron de todos los honores y beneficios y... me convirtieron en un ser viviente, pero neutro. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Magda ahogó un gemido.

—Fue un envidioso —dijo Frihh—. Dieron más crédito a su palabra que a la mía. Entonces me marché de mi mundo.

—Y llegaste a Sariwan.

—Sí. Tardé muchos años, y en ese tiempo yo solo, sin ayuda de nadie, salvo la de las máquinas que había construido con mis propias manos, completé la obra de mis detractores.

—No entiendo —murmuró Sheir.

Pareció que Frihh volvía a sonreír.

—¿No querían ellos que mi nombre se extinguiera conmigo, que no hubiese descendientes que pudiesen continuar mi obra? ¡Era preciso complacerles totalmente!

Y de pronto, con gesto dramático, apartó a un lado el manto que

le cubría.

Magda se hincó las uñas en las mejillas, a la vez que sus ojos se dilataban por el horror. Quería gritar, pero la voz no salía de sus labios inmóviles.

Sheir respingó. Hassendorp gruñó en voz baja.

La cabeza de Frihh era humana, pero su cuerpo era el de un robot.

—¿Os asombráis? —preguntó el extraño ser.

Sheir meneó la cabeza.

—Nos das pena —contestó.

Los ojos de Frihh centellearon vivamente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con voz irritada.

—¿No podías haber dedicado todos tus esfuerzos a… a curar o reparar la deformidad que te causaron tus compatriotas? Si tan sabio eres, ¿por qué no regeneraste los trozos de tu cuerpo que ellos amputaron?

—Pero ¿no lo comprendes? ¡Entonces, haría ya mucho tiempo que estaría muerto! ¡Y yo deseo vivir para mi venganza! ¡Puedo esperar cinco, diez, quince siglos impunemente!

—Entonces ya no vivirán los que te dañaron.

—Pero seguirán existiendo los humanos.

Sobrevino un momento de silencio.

—¿Cuándo ocurrió… eso? —preguntó Sheir.

—Hace unos ciento cincuenta años.

—¿Y nos consideras a nosotros responsables de tu tragedia?

—¡Todos los humanos lo son! —respondió Frihh, incorporándose sobre un codo—. ¡Viviré lo suficiente para exterminar la raza humana, con ayuda de mis robots! ¡Y al decir raza humana, me refiero a todo ser inteligente, cualquiera que sea su forma!

—El odio te ciega, Frihh —dijo Sheir—. En lugar de perdonar a los que te dañaron, tratas de destruir a todos los humanos, por el único hecho de serlo. ¡Cuánto más habrías ganado poniendo tus excepcionales facultades al servicio del bien!

—¡Palabras inútiles, huecas, vacías de contenido! Mi decisión fue adoptada hace muchísimos años, y no me he desviado un ápice desde entonces de la trayectoria que yo mismo fijé.

—Ciento cincuenta años resulta un tiempo excesivo para un órgano vivo como es la cabeza, lo único que queda en ti de tu

anterior cuerpo —dijo Sheir reflexivamente—. ¿Cómo consigues regenerar las células y evitar que el desgaste natural haga declinar tus tejidos vivientes?

Frihh señaló un estante situado casi a ras del suelo, en el que se divisaban unos frascos, llenos de un líquido de color ambarino.

—Ahí está —dijo—. Con una inyección mensual en cualquier parte de mi cabeza, tengo suficiente para vivir centenares de años, millares tal vez.

—Rey de una Galaxia habitada únicamente por robots.

—¿Por qué no, si la palabra te agrada?

Sheir dirigió su mirada a través de la ventana.

—Pero todavía, aunque no lo quieras, queda en ti algo del ser humano que fuiste en tiempos —manifestó.

—¿Por qué dices eso?

—Estás aquí y contemplas el panorama: árboles, cielo, ríos, nubes, césped... Tu condición humana pesa en ti aún demasiado.

—¡Pero sólo la mente, que es lo único que necesito! —Frihh se golpeó el cuerpo con los puños—. ¡Ésta es la máquina más perfecta que nadie haya conocido jamás!

—Y has construido una sociedad de robots, de acuerdo con las normas que conociste.

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Buscar un medio de vida nuevo, adecuado a tu sociedad robótica. De lo contrario, ¿para qué te sirven tus adelantos, si sigues, en el fondo, actuando lo mismo que cuando eras un ser enteramente viviente?

Frihh pareció meditar sus palabras.

—Jueces, tribunales, soldados, guardias, esbirros, calabozos... ¿Es así el mundo nuevo que pretendes construir? —preguntó Sheir.

—¡No trates de rectificar mis ideas! —gritó Frihh descompuesto —. Dentro de diez años tendré, con los que ya existen hoy, sesenta mil robots a mis órdenes. En un siglo, esa cifra se habrá multiplicado por mil. El tiempo no importa, dispongo de todo el que quiero. Construiremos astronaves...

—Y tus robots sembrarán la muerte por doquier. Te obedecen, y ni siquiera mencionan tu nombre.

—¡Sí! —gritó Frihh salvajemente—. Exterminaremos a todos los humanos...

—Con pistolas disgregadoras o desintegradoras, paralizados previamente por la acción de los rayos que emite su tercer ojo.

—Como sea. Los medios no importan, con tal de lograr el fin deseado.

Hubo una pausa de silencio. Sheir miró con atención en torno suyo.

—Entonces —dijo al cabo—, ¿vas a ordenar a tus robots que nos maten? ¿A esos robots a los que has hecho creer que han evolucionado por sí mismos, pero que te obedecen inapelablemente?

—¿Puedes dudarlo? —dijo Frihh con burla.

El joven se dio cuenta de que Frihh tenía la mano derecha oculta al otro lado del diván.

«Seguramente, pensó, tiene al lado un aparato de control».

—En nuestro mundo —dijo despacio—, es costumbre complacer el último deseo de un condenado a muerte. ¿Puedes hacer tú lo mismo, ya que tus poderes son ilimitados?

—Bueno, ¿por qué no? Habla, pide lo que quieras.

—Déjame contemplar el paisaje por última vez —rogó Sheir.

—Claro. Acércate al ventanal.

Sheir rodeó el diván. De repente, sin previo aviso, disparó el pie derecho, golpeando con fuerza la mano de Frihh.

El individuo lanzó un feroz aullido de rabia cuando vio que su mano era apartada violentamente del teclado de control. Antes de que pudiera recobrarse de la sorpresa, Hassendorp le disparó una descarga con su pistola, a dos metros de distancia.

Entonces ocurrió algo horrible.

Hassendorp estaba poco práctico en el manejo de un arma semejante. En lugar de disparar con el mando de alta potencia, lo hizo con el de baja.

El cuerpo metálico de Frihh se desintegró instantáneamente. Un horrible alarido se escapó de sus labios.

El grito se cortó apenas nacido. Desprovista del apoyo de su cuerpo, la cabeza rodó por el diván hasta el suelo.

Magda emitió un grito de espanto y saltó a un lado, para evitar el contacto de la cabeza. Los ojos de Frihh se movieron todavía un poco en movimiento reflejo, que ya no dependía de su voluntad, y luego se quedaron espantosamente inmóviles.

—¡Uf! —respiró Hassendorp—. Nunca en mi vida había tenido tanto miedo como en estos momentos.

—Todavía no ha pasado todo —advirtió el joven—. Cubra la puerta, Hassendorp.

Magda corrió hacia él. Sheir tapó la cabeza de Frihh con el manto, que le había ocultado el cuerpo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, tuteándole inconscientemente.

Sheir se echó al bolsillo uno de los frascos.

—Nuestros científicos analizarán este potingue —dijo—. Si es tan bueno, colaborará a la prolongación de la vida humana.

—Pero antes tenemos que salir de aquí —dijo ella.

—Claro.

Sheir se acercó al ventanal. El suelo se hallaba a unos seis metros de distancia.

—¿Viene alguien, Hassendorp? —preguntó.

—No —contestó el aludido.

—Eso es que Frihh dio a los robots orden de no intervenir —sacó la pistola y apuntó hacia el vidrio, en el que abrió un amplio boquete—. Saldremos por aquí, pero antes...

Empezó a registrar la habitación. En un pequeño cajón, divisó una caja llena de diminutos rollos, que supuso debían ser grabaciones con los descubrimientos científicos de Frihh.

—El odio le perdió —dijo, meneando la cabeza.

Luego se asomó por el hueco abierto.

—Magda, ven, voy a descolgarte.

Ella obedeció. Sheir la suspendió por las muñecas.

—Flexiona las rodillas al tocar al suelo —aconsejó.

—Suelta ya, David.

La joven rodó por tierra, pero se incorporó en el acto.

—Hassendorp, ahora usted.

El hombre no se hizo de rogar. Sheir repitió con él la misma operación.

Luego hizo algo, que le entretuvo cosa de medio minuto. La voz de Magda le llegó impaciente desde abajo.

—¡Date prisa, David!

—Ahora mismo —contestó él.

Rodó por el suelo, pero se levantó ágilmente.

—Imagino que ese observatorio debe ser móvil y esconderse bajo tierra, pero no podía perder tiempo haciendo ensayos con el tablero de control que tenía Frihh, para enviarlo hacia abajo —dijo.

Miró hacia arriba y exclamó:

—¡A correr tocan!

—¿Por qué? —preguntó Magda, sintiéndose arrastrada irresistiblemente por la fuerte mano del joven.

—He dejado mi reloj explosivo en marcha. Estallará dentro de treinta minutos.

—¿Tan potente es la carga? —se extrañó la joven.

—Bueno, es que lo dejé adherido a los controles y no sé qué ocurrirá entonces. Si ahora no se destruye la ciudad, volveremos con fuerzas suficientes para arrasar ese nido de asesinos mecánicos.

Corrieron hasta que les faltó el aliento. Adoptaron entonces un paso normal, pero ni aún entonces permitió Sheir la menor detención.

Treinta minutos más tarde, un gigantesco chorro de llamas subió al cielo.

El suelo tembló de manera horrible. Magda se abrazó al joven, estremecida de pavor.

—No temas —sonrió él.

El estruendo se apagó poco a poco. Pero el humo que indicaba la destrucción de la ciudad robótica, duró aún largo rato.

—Has vencido, David —dijo Magda al cabo de unos momentos —. Pero estamos condenados a residir en este planeta.

—No lo creas —rió él—. Dentro de una semana, más o menos — no puedo precisar la fecha exacta, ya que me he quedado sin reloj —, aterrizará automáticamente la nave que me traje de repuesto. ¿Pensabas que un oficial de la Policía Estelar no es capaz de prevenir todas las eventualidades?

Ella le dirigió una mirada risueña.

—Eres el mismísimo demonio —dijo.

Hassendorp se acercó a la pareja en aquel momento.

—¿Capitán? —dijo.

—Hable, muchacho —contestó el joven.

—¿Intervendrá usted en mi favor?

—¿Cuál fue su participación en el motín? Contésteme con franqueza.

Hassendorp evitó mirar a la joven.

—Yo me mostré de acuerdo con deponer al capitán Zador, aunque nunca llegué a creer que las cosas llegaran a tal extremo.

—Bueno, teniendo en cuenta la valiosa ayuda que me ha prestado, estimo que el tribunal será benevolente con usted.

—Gracias, señor —contestó Hassendorp, con no poco alivio.

—Y ahora —dijo Sheir—, a buscar comida. Una buena pierna de gamo, asada, para una dama que desfallece de hambre.

Miró a Magda y le guiñó un ojo.

—¿No es cierto?

—Por favor, no menciones ciertas cosas... hasta que puedas enseñarlas en la mano —exclamó ella riendo.

EPÍLOGO

Algún tiempo después, ya de vuelta a la Tierra, David Sheir fue a visitar a Magda.

La joven le recibió con gran alegría.

—Creí que te habías olvidado de mí —dijo.

—He tenido trabajo — se excusó él. Le entregó un paquetito—. Toma, es tuyo.

Magda le miró extrañada.

—¿Qué es? —preguntó.

—Los diamantes. Se ha levantado el embargo y son legítimamente tuyos.

Magda arrojó el paquete a un lado.

—No me interesan los diamantes, David —dijo, mirándole fijamente.

—Me han ascendido —habló él.

—Ya se ve en tu uniforme. Te felicito.

—Y me envían a Sariwan.

Magda palideció.

—¿Cómo es eso?

—Se va a instalar una estación de relevo de astronaves. Mi informe ha sido concluyente. Sariwan acabará poblándose. Me han dado el cargo de jefe de la Policía Estelar de aquel sector.

—¿Cuándo partes?

—Mi puesto estará en tierra —contestó él en tono evasivo—. No tendré que volar por el espacio. Dirigiré las acciones de mis patrullas desde el puesto de mando. Fue con esa condición que acepté ir a Sariwan.

—Pero aún no me has dicho cuándo marcharás —insistió ella.

—Bueno, tengo algunos asuntos que resolver aquí todavía. Uno de ellos es... ¿Te gustaría venir conmigo? Después de la boda, claro.

Magda sonrió hechiceramente.

Se acercó a él y le puso los brazos en torno al cuello.

—¿Crees que te hubiera dejado marchar solo? —preguntó, ofreciéndole sus labios.

FIN

[1] Tiempo, u hora, del Meridiano de Greenwich. - (N. del A.)